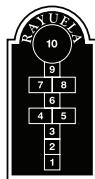


DÍA FRANCO



DÍA FRANCO

ADRIÁN CURIEL RIVERA



Textos de Difusión Cultural
Serie Rayuela



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura
México, 2016

Primera edición: marzo de 2016

D.R. © Adrián Curiel Rivera

D.R. © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán
C.P. 04510 Ciudad de México

Diseño de portada: Roxana Deneb y Diego Álvarez

ISBN: 978-607-02-7767-2

ISBN de la serie: 968-36-3762-0

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Todos los derechos reservados.

Impreso y hecho en México

DÍA FRANCO

El perro fue un regalo de Lauro poco después de lo de mi padre. Es decir, poco después de la cuarta hospitalización. Recuerdo el contradictorio regocijo, la alegría intensa y como comprimida en una cápsula al volver al departamento para reponerme mínimamente de esas interminables noches velando por la salud de papá en un hospital de lujo. Los hospitales siempre serán hospitales, aunque los maquillen de hotel. Al salir de El Ángel me tropecé en el vestíbulo con una bulliciosa legión de enfermeras y médicos en bata, indiferentes a la cotidiana podredumbre de nuestros cuerpos. Caminé hacia la parada de microbuses. Esa semana papá había despedazado mi automóvil. La anterior, había hecho lo mismo con el suyo.

Tomé el metro hacia el norte de la ciudad; transbordé rumbo al sureste; subí las escaleras y emergí a la calle por la boca de la estación. En ese momento no era que pudiese alegrarme, desde luego. Anduve las tres cuadras restantes con la cabeza gacha. La fatiga me aplastaba, sentía una rabia y una tristeza apenas mitigadas por la sensación de absoluta inutilidad ante la perspectiva de ponerme a llorar otra vez. Como había olvidado las llaves en el departamento, o las metí por descuido en el sobre con documentos que entregué a mi hermana cuando fue al hospital a relevarme, me quedé pegado al interfono hasta que escuché la voz de Lauro sobrepuesta a la crepitante estática de la rejilla. Que si monseñor venía muy de malas, preguntó con metálica

gangosidad desde el entorno intuido del quinto piso. Me distendió hasta cierto punto esa deliberada ligereza, pero no estaba de ánimo. Lo único que avizoraba en el horizonte era la temperatura reconfortante de una buena ducha. ¡Ábreme!, respondí, y subí con desgano mientras me percataba de la caprichosa coincidencia de que el ascensor sí funcionase ese día. Demorarme bajo el chorro de agua hirviendo; restregarme con la esponja hasta que mi piel enrojecida perdiera esa pátina de carne en corrupción que impregnaba también mi ropa. Sólo eso me importaba. Y luego una cerveza fría o descorchar un vino tinto: sentarme en el sofá junto a Lauro y zapear sin ton ni son preguntándome y preguntándonos cómo había llegado mi padre a ese extremo. A sus lagunas. A la imposibilidad de dejar de beber una botella tras otra. A ese tufo a enfermedad, sueros y desinfectantes.

Lauro quitó la cadena de seguridad y abrió. Trató de besarme pero yo lo aparté bruscamente. Me impidió avanzar mucho más allá del umbral cerrándome el paso. Extendió los brazos, separó las piernas en un cómico ademán de torpe basquetbolista. Yo estaba al borde del exabrupto, pero debía dominarme. Lauro no tenía la culpa. Y bien, inquirió, ¿qué opinaba? Qué opinaba de qué, repuse con aspereza. Debía controlarme, el menos culpable de todo era Lauro. Pues sí, admití, la verdad no me había fijado. Lauro presumía ahora, orondo, una musculosa nueva de color verde perico y súper ceñida (le había entrado la fiebre del gimnasio hacía poco). Había decidido combinarla con unos holgados pantalones de algodón tejidos por los indígenas de la región chiapaneca de México, un obsequio de su madre después de que viajara a ese país. Cedí: me dejé besar y abrazar por Lauro, quien de inmediato me tapó los ojos con sus manos grandes y cálidas. Por lo visto, había otra sorpresa. ¿No notas algo raro?, preguntó. Salvo mi fluctuante irritabilidad que, dadas las circunstancias, no tenía nada de extraño, no percibía

nada distinto. Agucé los oídos, como se dice. Nada. Si acaso, el murmullo habitual de la calle amortiguado por el ventanal. Un momento: ¿por qué estaba cerrado el balcón, con este calor y sin que estuviera puesto el aire acondicionado? Con las palmas de Lauro sobre los párpados, fruncí el ceño y traté de concentrar mi atención en los oídos. Si me esforzaba mucho, escuchaba un crujido recurrente pero muy quedo, como si una paloma rasgara con sus uñas la tela de una tumbona de jardín. Lauro me condujo hasta el fondo de nuestra pequeña sala. Hizo que me aupara al sofá y me arrodillase en los cojines (una pose bastante estrafalaria). Tuve que apoyarme en el respaldo como en un reclinatorio de iglesia. Me destapó los ojos, *big surprise!* Y ahí estaba, del otro lado del mueble, bajo su sombra protectora. Corría de un sitio a otro limitado por dos parapetos de revistas, y movía su colita recién cortada. Quería ladrar, pero apenas le salían unos gañiditos; ensayaba complicadas cabriolas, pero las patas felpudas se le enredaban y caía de bruces en el tapiz que recubría el parque. Un adorable cachorrito weimaraner. El brillante pelaje grisáceo que con el tiempo se oscurecería. Los ojos azules que derivarían en una tonalidad cetrina. Sus colmillos de fiero bebé perdiguero. Las majestuosas orejas, largas y estilizadas, que evidenciaban el pedigrí. El ancestral linaje de cazador de la Selva Negra. Estreché al perrito entre mis brazos. Sin soltarlo, di un efusivo beso a Lauro. Entonces me quebré, rompí a llorar a borbotones, impotente, con una felicidad furiosa.

Después del baño me senté en el sofá con Rogelio —así bauticé a mi nueva mascota— mientras Lauro me preparaba un sándwich. Volvió a la sala con cervezas, me entregó el plato y colocó a Roge en su regazo. Al tiempo que comía, informé a Lauro acerca de las últimas novedades del hospital. Mi padre, lo habían confirmado los estudios, tenía daños a nivel neurológico, hepático y cardiovascular. La lepra líquida del etanol, con sus moléculas de carbono e hidrógeno, lo había

destruido. Si aspiraba a seguir con vida, no podría volver a probarlo, ni siquiera una inofensiva cervecita como la que nosotros bebíamos. Se lo había advertido el internista; lo habían prevenido en tres ocasiones anteriores otros tantos doctores. No quiero caer en patetismos, Lauro. Soy consciente: el alcohólico está enfermo, carece de voluntad, de libre determinación. Pero no puedo evitar odiarlo. Mi papá ya no es la misma persona. Dudo que pueda serlo alguna vez, Lauro, ya no resistirá.

Lauro se puso de pie y dejó a Roge junto a mí. Me hizo un cariñito en la cabeza y se llevó mi plato a la cocina. Una nueva recaída, en serio, ninguna broma, sería la última. Roge levantó las orejas, se trepó a mis muslos y se hizo una rosca. Fingía seguir los destellos fluorescentes del noticiario televisivo que desatendíamos a bajo volumen desde hacía rato. Dejé el envase sobre la mesita. Cuando Lauro volvió Rogelio se echó un pedo hediondo digno de un pitbull. ¡Madre mía!, exclamó muerto de risa Lauro. Me jura que sólo ha comido croquetas de primerísima calidad. Al menos, eso le habían dicho en la tienda veterinaria donde lo compró. Armamos una improvisada cucha de periódicos para el perro y nos fuimos a la cama. Al día siguiente, la realidad me aguardaba con sus garras de púas.

Rogelio cumple hoy cuatro años y mi padre ha conseguido permanecer sobrio. Es sabido que cada año humano equivale aproximadamente a siete perrunos. Así que mientras mi fiel amigo se adentra en una adultez temprana, mi viejo se enquistaba en un resentimiento áspero y mudo. Nos hemos ido distanciando como dos imanes del mismo polo. Lauro opina que, en el fondo, somos iguales. Durante la convalecencia me culpaba de ser, en última instancia, el causante de su vicio. Lo había decepcionado siempre. El primogénito, de acuerdo con el más elemental decálogo de las leyes de

familia, debía ser el heredero en todos los sentidos. Debía hacerme cargo, por tanto, de su exitoso despacho de abogados penalistas, pero mis reiteradas y, a su juicio, pusilánimes excusas, lo habían obligado a fijarse en Brenda. Mi única hermana, menor que yo, había demostrado tener muchos más pantalones. No estaba licenciada y, sin embargo, se movía en los tribunales como pez en el agua. Era guapa, sabía tratar a la gente; no se amilanaba si pretendían humillarla. Era una guerrera. En cambio un servidor, "rari-to" desde chiquitín, había renunciado a un futuro promisorio para dedicarse a algo tan inútil y despreciable como la importación y venta de refacciones para maquinaria industrial. En un país, para colmo, gobernado por una subnormal demagoga de izquierda *new age* que había prohibido, justamente, la importación de refacciones para maquinaria industrial. Esa necedad de mi parte, que la coyuntura socioeconómica no hacía sino agravar, patentizaba a su vez la debilidad de mi carácter. Y ameritaba, como mínimo, un trago. Detrás de la barra que había mandado hacer en la amplia sala, me escudriñaba con sus ojos malévolos y empuñados. Sembraba en mí un insoportable sentimiento de culpa. Agarraba el whisky en las rocas con su mano morena, tomaba la botella y se servía otro vaso entre carcajadas tristes. Impecable con sus trajes de sastrería y la corbata im-poluta, removía los hielos y volvía a servirse y reírse. Llevaba el pelo canoso peinado con pulcritud hacia atrás. Me amagaba con sus pómulos duros y vengativos. Por mi culpa, me espetaba, se sentía frustrado. Y venga otro sarcástico brindis en el aire. Por mi culpa y por culpa de la sobreprotectora y frívola de tu madre. Me había ablandado como a una niña.

En la universidad, cuando estudiaba lo que él quería y me dejaba contagiar por su optimismo respecto a mi porvenir, le preguntaba por qué había puesto tanto empeño en la liberación de un poderoso narcotraficante. O de un asesino confeso y cínico. Mi padre respondía que en derecho el

debido proceso era tan sagrado como la verdad misma. Una noche fuimos a cenar a un pretensioso restaurante y brindamos con sus amigotes empresarios y políticos. Entre la algazara, él apuraba el trago, el mesero corría solícito a rellenar las copas aunque la mía rebosara, no podía seguir su ritmo. Papá me palmeaba la espalda. El suyo era un mundo de machos bragados, de astucia, de musculatura cerebral. Ya lo comprendería, cabrón, más pronto que tarde. Continuamos la farra etílica en una cantina de mariachis apócrifos y costosísimos tequilas que, al parecer, no habían sido incluidos en la lista de importaciones prohibidas de la presidenta. Y tristemente lo entendí. Lo del debido proceso. Y otras cosas. Papá abrazaba a sus compinches senadores y ellos me abrazaban a mí. Olían a efluvios de druida, a axilas transpiradas, a una marmita orgánica de perfumes saturados y ajos en digestión. Cerca de la madrugada se descosían en un contrapunteo de tangos y canciones folclóricas.

El asunto de mi homosexualidad significó más tarde un inmejorable pretexto para ahogarse en litros y litros de frustración. Lo enfurecía, además, el hecho de haberse equivocado con Lauro. Cuando acudimos a otro restaurante para que yo se lo presentara, unos dos años después del divorcio con mamá, mi padre me juzgaba con el mismo rigor que de costumbre, pero entabló una animada conversación con mi a sus ojos nuevo amigo. Le agradó en especial que fuera arquitecto y que ejerciese su profesión, no como otros. Un chico de diez, me dijo ni bien Lauro se levantó para ir a los aseos. Se veía a las leguas, dictaminó papá, que Lauro era hombrecito hombrecito. Seguro sería un mujeriego. Y, hablando del rey de Roma, cuándo iba a tener yo una novia formal, ¿no me daba vergüenza? Ya Dios proveerá, traté de bromear, pero su semblante se petrificó como una breña reseca. Lauro regresó y la felicidad iluminó el rostro de mi padre, pues hallaba un nuevo pretexto para otro llenado de copas. Ellos dos se despidieron con una andanada de

estruendosos abrazos, estrechándose con hombría las manos, el compartido cutis arrebol por los coñacs del digestivo. Yo te invito, dijo el tirano, que este maricón —y me señaló con una mueca y el pulgar— pague lo suyo, es un aguafiestas desde que se cagaba en los pañales. Mi padre no tenía idea de la sal que estaba echando a la llaga. Ni de la dureza con que esa crueldad se revertería en su contra.

Cuando mi relación con Lauro se hizo pública, me citó furioso en esa mansión donde se había quedado solo. Escupía las palabras con tal ira que sentía que su baba me empapaba a través de mi propio celular. Yo tenía que ir a recoger unas cosas arrumbadas en esa habitación que, hasta antes de la ruptura matrimonial, había sido mi cuarto. Y, contra lo que creía mi padre, puedo ser muy valiente. Me había decidido a marcar el territorio, a dejarle a las claras que, a partir de entonces, nuestros caminos irían por distintas sendas.

Abrió Melinda, la sirvienta, sin atreverse a mirarme. Con la cabeza me indicó que pasara. Atravesé el vestíbulo asombrándome de que un entorno conocido pudiese resultarme tan ajeno. Me causaba perplejidad que Melinda aún vistiera uniforme. Los cuadros valiosísimos de pintura abstracta que pendían de las paredes; la desproporción de una chimenea donde un jeep podría haberse estacionado sin problemas. Las ostentosas piezas de animales que colgaban en los muros: blasones de cacerías pactadas de antemano, un pasajero fervor por los safaris que había llevado a papá a Botswana con todo y escopeta de turista. Me dirigí hacia el fondo, era de cajón que lo encontraría en el bar. Removía vasos y cocteleras; extrajo un botellón —vodka, creo— de una gaveta y se la empinó a pico. En esa atmósfera rancia mantenía cerradas las puertas vidrieras que daban al jardín y la piscina. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Comenzó a insultarme: bujarrón, puto, basura, pervertido. ¿Por qué le había presentado a ese sodomita? Seguro era él

quien me sodomizaba. Seguro me la metía sin vaselina, ni interpretando esos papeles de marica podría yo hacer de macho. Que qué me creía. Le daba asco, dijo, e introdujo un par de dedos entre los labios para imitar el gesto del vómito. Bordeó el mostrador e intentó embestirme, abofetearme. Le agarré las muñecas y se las retorcí. Le sostuve la mirada con una mezcla indefinible de cólera y mofa. Trató de patearme pero yo me adelanté protegiéndome con la rodilla. Agachó la cabeza, relajó el cuerpo y se puso a berrear. No me apiadé, lo empujé con ímpetu y cayó de nalgas. Seguía llorando. Subí por mis cosas al cuarto. Temblando hasta el vértigo, las guardé en un bolso deportivo. En una era milenaria esa vivienda había sido mi hogar. Antes de salir y cerrar la puerta —Melinda se había escurrido oportunamente—, vi de reojo que mi padre había recuperado su cetro en la barra, escudado por su caballerisca cohorte de botellas.

Al poco empezarían las hospitalizaciones, cada vez más graves y prolongadas. En la última, se ha visto, casi se mata. Y cuatro años después este ensimismamiento recíproco. Un gravitar aislado entre nosotros dos. Como el sol y la luna, siempre presentes pero sin tocarse nunca.

Hoy tengo el día franco y quiero aprovecharlo para salir a pasear con Roge y brindarle una discreta celebración por su cuarto cumpleaños. Soy mi propio jefe, quizá debería explicarme. No es, en estricto sentido, que alguien me haya dado el día franco, simplemente he decidido tomarme un respiro la tarde de este viernes. Por la mañana he estado muy ocupado tramitando permisos y en inacabables diligencias bancarias dignas de este miserable país. No debería quejarme: a pesar de las restricciones y del continuo secuestro de nuestros ahorros, de la vigorosa exacción fiscal de los nuevos Torquemadas hacendarios (el debido proceso), es posible sobrevivir. Me rompo el orto trabajando, lo

mismo que tantos otros. Y llegado el momento, aunque me revuelva el estómago, me trago la bilis, aprieto las mandíbulas y entrego la coima al vampiro de la gigantesca pirámide parasitaria de corrupción. Brenda me apoya, un poco de puntillas, sobre todo cuando me desliza un cheque bajo el agua. Lauro, por descontado; mamá, ni se diga. Así, pellizcando de aquí y de allá, consigo reunir lo suficiente para ir tirando de la carreta.

Tal vez esté loco, dominado por una estúpida obsesión —¿existen otras?—, pero cuando me entran las ganas de rendirme, de renunciar al ímprobo esfuerzo y a las ganancias irrisorias, de salir corriendo a rogarle a mi padre que me dé la graciosa limosna de cualquier puesto en el bufete, recorro a una muletilla mental e imagino un acto de justicia poética. Siempre es el mismo cuadro: él, un traje castaño oscuro, la corbata de seda roja, firma unos expedientes entronizado en su alto sillón de cuero. Las manos se le han apergaminado, las pecas seniles testimonian el desgaste producido por el paso del tiempo y por décadas de religiosa embriaguez, pese a su actual abstinencia. Un empleado toca tímidamente la puerta con los nudillos. Entra y le informa que, después de todo, no me va tan mal. La jeta de mi padre se agría; tira la estilográfica contra los retratos del escritorio (sólo conserva uno mío, de cuando era niño). La contrariedad le hace crispár los puños, araña los brazos del sillón.

El caso es que cerca de la una y media, cuando la Karina en turno detrás del mostrador estampaba el último sello en mis papeles, me dije que bien podría saltarme el almuerzo y sacar a Roge a dar una vuelta. Se me había hecho tarde de todas formas y, la verdad, no tenía hambre. Me abrí brecha entre las colas multitudinarias y salí de pésimo humor. Esperé a que pasara un taxi bajo un sol enjuto y albino que deslumbraba y calentaba demasiado en esa época del año. Me calé los anteojos de cristales negros. Aborté el proyecto taxi (a esa hora venían todos ocupados) y emprendí una

fastidiosa caminata rumbo a mi departamento. Dejaría la carpeta con los papeles sobre el velador de la entrada; iría a buscar el collar de ahorque para que Roge caminara pegado a mi izquierda las primeras cuabras antes de soltarlo cerca del parque y dejarlo vagar libremente por el bonito barrio residencial que termina en la zona de los barrancos. Cubiertas de maleza, esas elevaciones caen a plomo hasta donde serpentea la costanera del río. Del otro lado, sobre la ladera opuesta, se levanta el Estadio Nacional de Balompié.

La hojarasca se quebraba bajo la suela de mis zapatos ante las prisas de los peatones con quienes me cruzaba. En nuestro mundo todos —móvil en mano— lucen apurados, aunque nadie parezca saber muy bien adónde va. Los semáforos se habían contagiado de esa premura invernal: a cada esquina parpadeaban como tuertos enloquecidos. Alcé la vista y contemplé el telón de edificios recortándose contra los reverberos grisáceos de un cielo abierto pero velado por el efecto invernadero. Más allá las montañas pelonas que circundan el valle en que se asienta la ciudad colmaban la vista del horizonte. Me detuve en un paso de cebra que nadie respeta. Las explosiones de los escapes de las motos, el gas irrespirable de los frenéticos colectiveros, los grotescos insultos de los automovilistas asomándose a las ventanillas, harían suponer un *rally* de vida o muerte a través del desierto, no una civilizada comunidad de intereses humanos. Atravesé a las carreras la avenida sorteando a un psicópata que me tiró encima la máquina pitando la bocina. Le mostré con saña el dedo cordial, ojalá se estampe en la siguiente cuadra y que los caranchos se coman sus ojos a picotazos.

Alcancé la otra orilla y el cretino frenó e hizo ademán de dar la vuelta por la raquítica arboleda divisoria de la calzada, pero tuvo que proseguir su trayecto presionado por los pitazos que le endilgaban los de atrás. Ahora se insultaba con otro conductor que se le emparejó. Ya se hubieran bajado a pegarse, que se reventaran los colmillos por la nariz.

En la vereda, los palos borrachos apenas si verdeaban envueltos en una opacidad polvosa. Las espinas de los troncos, las mataduras en la corteza, sugerían extrañas estructuras de una carcasa vegetal en descomposición. En las jardineras, frente a las verjas de las casas, el césped se había puesto mustio y reseco. Los algarrobos parecían inclinarse sobre el asfalto recalentado en busca de una fuente milagrosa. Seguí caminando y comencé a sentirme sediento. Pensé en meterme en un bar y despachar una cerveza, pero no quería dilatar más el asunto de Roge. Luego, no sé por qué, pensé en el Estadio Nacional de Balompié. Qué harían con él ahora. El equipo que jugaba ahí se había visto involucrado en un escándalo mayúsculo por la compra de árbitros y, en consecuencia, descendido a primera B.

Comenzó a rachear un viento fresco y cortante. Miré otra vez el cielo. Aunque estaba todo transpirado, me subí el cierre de la campera. Ni una sola nube detrás de la neblina polucionada. Por la noche haría un frío acerado, intenso. Moscas zumbadoras se abalanzaban sobre mí. A mi paso encontraba tal cantidad de excrementos que imaginé a Neil Armstrong avanzando sobre los cráteres de una luna de bostas.

Un par de calles más adelante distinguí el balcón del quinto piso. Me crucé con una señora que me saludó, no tenía idea de quién era. Estaba por pulsar el interfono —siempre me olvido la llave— cuando vibró el celular en mi bolsillo y a continuación resonó el tono de Lauro, que debía de estar allá arriba en esos instantes. Aunque respondí en un plazo aceptable, la señal se interrumpió. Intenté llamar yo, su aparato me mandó al buzón de voz. Insistí, pero el teléfono comenzó a descargar aplicaciones que nadie había solicitado. En esas recibí un mensaje de texto de Lauro: “accdte oll. exprs. tdo. qmdo”. El picaporte se destrabó por fin y subí corriendo las escaleras. Empujé la puerta entornada y me sentí mareado por un desagradable remolino de humo, un hedor a comestibles sancochados. La tapa de la

olla a presión yacía dada vuelta y abollada en el pasillo. En la cocina, una enorme desconchadura en la pared, salpicada de restos viscosos de tomate, cebolla y pulpa de guiso. Del techo colgaban carámbanos de zanahoria, estalactitas de papa. En la cara interna de la tapa se apreciaba lo que quedaba del anillo de goma fundido en el metal. Pasé por encima de los desperdicios y me di de lleno con el espectáculo de Lauro tumbado en el sofá. La cara y las manos cubiertas de toallas empapadas, humeante.

Todo lo sucedido después transcurrió en una dimensión alterna de la realidad. Llamé (o creo haberlo hecho) a una ambulancia, intenté infructuosamente tranquilizar a Roge. En un raptó de lucidez, resolví “encerrarlo” en el balcón. Descendí por el ascensor con los paramédicos y Lauro en la camilla; rellené formularios a la entrada del hospital, el mismo adonde ingresó mi padre hace cuatro años. En la sala de urgencias me arrimé al camastro de Lauro, apenas separado por una precaria lona de los cubículos donde gemían otros pacientes con heridas y padecimientos de película de terror. Posé con delicadeza mi mano sobre su antebrazo (en mi manga tenía pegada una hoja de laurel), pero se quejó como si lo estuviera rebanando con un cúter.

En este punto debo decir que el tarambana de mi marido (nos casaremos tan pronto se legalice el matrimonio homosexual en todo el país; invitaré a papá en calidad de testigo de honor) es un arquitecto al que le apasiona construir rascacielos en consonancia con las tendencias internacionales más vanguardistas, pero es incapaz de comprender que el pivote de seguridad amarillo de una olla indica, cuando está levantado, que el vapor comprimido podría estallar.

Cuando volvimos a casa ya atardecía. Vendajes. Pomadas. Antibióticos. Pastillas analgésicas, un tranquilizante. De tres a cinco días de reposo confinado en nuestra pieza con las cortinas bien corridas. Lauro estaba inflamado y enrojecido, repleto de ampollas. La buena noticia era que había girado

instintivamente el rostro al momento de la explosión. Tenía una oreja despellejada, en carne viva. Al meter la llave en la cerradura, un vecino salió a nuestro encuentro para interesarse por la salud de la momia faraónica que aguardaba de pie junto a mí. Rogelio, nos informó, no había dejado de aullar durante nuestra ausencia. Incluso, añadió, temió que fuese a saltar por el balcón. Agradecí a Gómez su preocupación en tanto Lauro ingresaba en el departamento y caminaba en bata por el corredor con las piernas abiertas y los brazos extendidos. A su espalda, sobre los hombros, culebreaban algunas espirales de venda. Cerré la puerta y luego lo instalé en nuestra cama lo más cómodamente posible. Encendí el televisor pero Lauro estaba tan molesto con las gasas que no veía bien. Me pidió que mejor pusiera un CD de Mick Harvey en el reproductor de la sala. ¿Estás seguro?, pregunté, es deprimente. Pero él se obcecó. Mientras tanto Roge estudiaba muy alerta mis movimientos del otro lado del vidrio. Ladraba a intervalos. Fui por un vaso de agua. Lauro tomó sus medicinas y se quedó dormido enseguida.

La accidentada jornada de hoy no impedirá que lleve a pasear a Roge. Tengo el día franco. Me niego a tirar todo a la basura. Se lo prometí a Roge, pobrecito, y además se ha estresado tanto con el alboroto. Cuando el vecino expresó sus temores ante la posible reacción de mi perro en el balcón, estuve por replicarle que Roge no sólo es fiel y guardián como el que más, sino inteligentísimo. Cuando era cachorrín yo siempre cargaba la consabida bolsita de plástico, pero ahora hace sus necesidades en una caja de cartón que le hemos acondicionado al efecto en un pasillo al que se sale por la cocina. Mea afuera en la calle, eso sí, donde se le canta.

Venga, Roge, chu-chu, vámonos antes de que pase otra catástrofe. Me da cierto apuro dejar solo a Lauro. Rogelio se

ha levantado sobre sus patas traseras y rasca la puerta. La hoja de madera y el pomo de metal están todos rayados. Habría que resanarlos, aunque para qué. *Sit!*, le digo en tono imperativo, y acompaño la voz con una enérgica advertencia del dedo índice. Le acaricio la cabeza y me convenzo, para sosegarme, de que por simple ley matemática es prácticamente imposible que hoy pase otra cosa. Lauro estará bien, no nos demoraremos más de hora y media. Deshago parte del camino; por si las dudas, escribo una nota sobre la mesa del comedor. Lo tapo bien con la manta y beso su frente vendada. Sigue roncando sonoramente. Busco las llaves. Solemos tirarlas en el mueble de entrada, sobre un plato ornamental de una cultura aborígen de no me acuerdo dónde. Lauro necio con que pongamos una percha y las colguemos ahí para que no se pierdan, pero a la hora de la verdad nos mata la pereza y nadie quiere ir por la caja de herramientas.

En el descansillo, mientras esperamos el ascensor, Roge se pone como loco. Infla los mofletes, gañe, levanta y baja las orejas, aletea con la nariz. Traza ágiles círculos sobre su propio eje enredándose con la correa. Emite bufidos agudos que se le ahogan en la garganta. ¡Espera, salvaje!, me planta las patotas en los hombros y me relame la cara. *Sit! Stop! Down!*

Algún descuidado dejó entornado el portón. Roge lo empuja con una pata y me arrastra hasta su arriate favorito en la acera donde desfallece un arbusto enano. Tiene una fuerza de caballo, con todo y collar de ahorque. Siempre cumplimos el mismo ritual: estira el cuello hacia el piso, dobla los orejones, flexiona un pie delantero y pone enhiesta la cola. Con esa estampa cinegética no se propone revelar el escondrijo (poco probable, por otro lado) de una peligrosa alimaña entre las ramas esmirriadas sino concederme el debido tiempo para que pueda admirarlo y fotografiarlo con la cámara imaginaria de mi cariño. Luego rompe la pose de

inmóvil fiereza y micciona tan copiosamente como haría un pirata beodo en una taberna de Port Royal.

Me topeta la mano para que lo siga y continuamos el acostumbrado periplo hacia el parque. A veces me pega tamaños tirones en la muñeca que me hace sentir como si esquiara aferrado al manubrio detrás de una lancha. Por lo regular, en ese tramo lo mantengo sujeto con la trailla, antes del anochecer todavía pululan los niños en el parque. Roge sería incapaz de agredirlos, pero muchos se asustan y optan por correr, lo que él interpreta como una inequívoca invitación al juego. El otro día lo dejé suelto y casi acabo a golpes con un papá neurótico. Al vernos, me encaró y amenazó con denunciarme a la policía, los perros de pelea deben obligatoriamente portar un bozal en el hocico. ¿Dónde más podrían llevarlo?, respondí, y el tipo, más o menos de mi edad, se me vino encima. Es increíble el cúmulo de estrés que destroza los nervios a los ciudadanos de esta república en crisis. Le expliqué, antes de que el asunto pasara a mayores, que los bracos de Weimar, estirpe a la que pertenece Roge en parentesco de segundo grado, no son máquinas asesinas sino antiguos cazadores que se adaptan a la perfección a nuestro estilo de vida. El otro balbuceó algo que sonó a una vaga disculpa, relajó los músculos del cuello y tomó a su hijo de la mano para alejarse. En el área de juegos, Roge hace las delicias de los niños que lo azuzan y después huyen despavoridos. Se encaraman al tobogán, que mi perro alcanza de un salto, o sobre aparatos a los que se asema levantándose sobre sus cuartos traseros.

Miro a mi alrededor y compruebo que en el parque no hay nadie. De hecho, apenas distingo a una pareja de ancianos en un banco lejano. Ya debe de darles lo mismo que les suelten encima una pantera. Destrabo la argolla de sujeción y Roge emprende un elegante trote hacia la dilatada llanura. Se cruza con un callejero y ambos se miden muy fanfarrones en un mutuo alarde de superioridad. El otro se

va a hurgar en unos botes de basura, previa y rigurosa medida territorial. Yo le grito a Roge para que se aleje de un cacho de mierda. ¡Cómo pueden los perros zamparse sabrosamente las cagadas de sus congéneres y correr peligro de muerte si se atragantan con un huesito de pollo!

Roge anda de aquí para allá, escudriña unas bolsas de plástico, husmea entre los troncos desecados. Yo descanso el cuerpo reclinándome en un banco de cemento. De mi abrigo extraigo el gorro y me lo pongo, la temperatura ha descendido de golpe sus buenos seis grados. Olvidé los guantes, así que manos a los bolsillos. Dejo que Roge divague un poco más por los claroscuros del césped. Levanto la mirada y me entretengo observando la comba índigo del cielo que se imprime sobre los contornos recortados de los edificios. En esta época del año hay noches en que las constelaciones parecen congelarse, refractar un brillo artificial. Como si los astros fuesen copitos de polietileno, meros elementos de utilería cinematográfica.

Para resistir el frío, que ya cala los huesos, cruzo los brazos y me reacomodo sin sentarme en el macizo espaldar. Incrusto la barbilla en el cuello levantado. Miro la punta de mis zapatos polvorientos. Ni siquiera consideré reemplazarlos por los tenis que uso en mis expediciones con Roge, más cómodos aunque igual de mugrosos. Hay demasiadas partículas en suspensión en el ambiente. Veo a Roge alejarse demasiado, le silbo. Se hace el despistado, se interna todavía más lejos pero al rato vuelve trotando. Seguro Lauro estará bien, no tengo de qué preocuparme. ¿En serio pasó esta tarde lo que pasó? ¿No habrá ocurrido hace décadas o en una anterior reencarnación de mi alma? Y todo lo de mi padre, ¿era realidad? Me siento extraviado en una nebulosa. No te cueles entre mis piernas, Roge, me harás tropezar. Te lo he dicho mil veces.

Dejamos atrás el parque —los idílicos abuelitos se esfuman a lo lejos— y trasponemos una esquina. Roge comanda a placer la excursión hacia las colinas residenciales, libre del yugo de la correa. Casi tengo que correr para sostenerle el ritmo. A trechos tengo que detenerme para recobrar el aire junto a un árbol o al pie de un poste de cableado eléctrico. Estamos ya en el corazón del barrio: mi perro trepa por una vertiente de bonitas casas escalonadas, la pintura blanca y el techo a dos aguas de tejas francesas. Cuando pasa como una exhalación frente a sus fachadas, ovejeros robustos, de pesadas caderas, se impulsan desde los porches y los patios delanteros. Ladran furibundos, resentidos por su contradictoria condición de guardianes cautivos. Mi weimaraner prosigue con el hocico en alto y un garboso contoneo aterciopelado que, a la distancia, podría confundirse con el galope de un corcel de obsidiana. Atisbo que Roge (su silueta) se detiene en la cima del declive. Yo lo voy recorriendo desde muy atrás, jadeando, con las manos sobre los muslos en movimiento para ayudarme. Alzo la cabeza pero lo he perdido de vista. Lo localizo al llegar arriba, merodeando cerca de la chapa de metal oxidado: el mismo letrero que algún desaprensivo de la municipalidad dejó en ese sitio hace semanas, apenas sobrepuesto a una precaria barandilla de tablones rotos. En teoría, alerta del precipicio que se tiende más allá de los pinares. Uno no advierte el mensaje sino al borde de la vegetación que camufla el abismo. Cualquiera día se despeña un niño. Roge orina metódicamente el tubo de la placa, como en cada oportunidad. Me acerco y en la penumbra reconozco, bajo su copioso chorro, los desleídos lamparones, rúbricas de otros ejemplares machos.

Las palmas en las rodillas, inhalo para oxigenar los pulmones. Observo a Rogelio de soslayo: indeciso, no se anima a levantar la otra pata, todavía larga un chisguete. Misión cumplida, ha llegado el momento de emprender la retirada. Vamos, Roge, *fiu-fiu*, silbo. Lo que sigue acontece

en un instante. Mi perro salta la barandilla y se escucha el reverbero seco de un bulto. Un gañido atroz que se apaga en una estridencia irreconocible. El golpeteo sordo de rocas que aún ruedan entre ramas tronchadas. ¡Pero por qué! Estoy tan ofuscado que me cuesta entender que me tiemblan las piernas. Mi primer impulso es lanzarme también a la nada entre las tablas podridas. El asombro pugna contra mi parálisis. Por fin desciendo a trompicones por el camino de las casas. Rodeo la ladera para tratar de internarme en los matorrales desde el río. Cuando llego abajo, ahogado por el esfuerzo, reparo en un hecho insólito. Del otro lado del afluente, en la cima opuesta, han prendido los reflectores del estadio. Deben de estar haciendo pruebas de iluminación. Siento un dolor agudo en el pecho. Y luego cruza por mi cabeza la idea de un mausoleo grotesco (el estadio entero) a la espera del cadáver de Roge.

Entro y salgo por la espesura; me espino y maldigo, lloro de impotencia. Me pincho los dedos y la cara. Arremeto contra las frondas y el ramaje ni siquiera tan intrincado pero cuya resistencia me doblega como una muralla. Tengo los músculos entumidos, me escuece la piel y me duelen las articulaciones. Una certidumbre de fatalidad irrevocable me domina. Tengo que pensar. Concentro toda mi atención en los quejidos invisibles, cada vez más débiles de mi perro. Carajo, reviento en lágrimas, me limpio los mocos y las ramitas con la manga que se ha rasgado, estoy hecho un asco. Hipo descontroladamente, esa molestia añadida es de una gratuidad humillante. Cierro los ojos con fuerza envuelto en la gélida sombra de la costanera manchada por la electricidad del estadio, una luz sucedánea que blindo las estrellas de una noche sin luna. Trato de conjeturar en qué punto exacto pudo haber caído Roge mientras sigo escuchando sus intermitentes lamentos. Saco el celular de mi bolsillo para utilizarlo como una linterna. Me interno de nuevo en la floresta guiándome por esa luminosidad errática, insuficiente.

Allí está Roge, descoyuntado entre las piedras junto a un tronco. Distingo la respiración irregular en sus esbeltas costillas, las patas rígidas y entrelazadas. Acuclillado, con mucho esfuerzo, paso mis brazos debajo de su corpachón; pretendo cargarlo pero lo único que consigo es levantarle el cuello dislocado, y noto en el perfil de su pupila que la vida se le escapa como el aleteo de una golondrina moribunda. A contraluz de esa irradiación temblorosa que emerge de mi mano, semeja la cabeza de una vaca destazada, un pellejo inane y flojo desprendido del alma. Mis antebrazos han absorbido la humedad de la sangre, me impregno de un acre olor a óxido. La engañosa integridad del organismo de Roge se deforma en turgencias cárdenas, en tajos cubiertos de una lechada oscura sobre las afloraciones de la piel. Intento nuevamente ponerme de pie con él. Temo abrirme por los intestinos; caigo de rodillas y se me escurre el teléfono.

Me arrastro a cuatro patas por todas partes, me estrello con Roge, paso por encima de sus tendones yertos y co-reosos. Agarro el teléfono con rabia y casi no puedo manipularlo. La risible linterna vuelve a operar y se configuran las resignadas facciones exangües de Roge. No soporto esa visión. Roge es ahora una carroña, un despojo tan desligado de mí como el zorrillo atropellado que picotean los zopilotes en la carretera. Flexiono una rodilla y trato de pararme. Un carrusel de follaje me da vueltas. Caigo sobre el respingo inerte de mi perro, que ha huido ya hacia otros mundos por túneles de sueño. Repto, me aferro a una rama, vomito. Arriba, huevos, huevos. Vomito más fuerte. Me trago los resabios, escupo, me limpio como puedo. Me incorporo con lentitud usando como báculo un árbol. He perdido otra vez el teléfono. Me agacho y manoteo, me entran ganas de vomitar de nuevo pero consigo contenerme. Lo encuentro de milagro. Un desagradable sudor de hielo me perla la frente y resbala por el espinazo. Salgo de esa selva patibularia. Contesta, Brenda, por favor, contesta.

Brenda atiende y trato de explicarme. El timbre grave de su voz, su aura de querencia protectora, me traspasa y me suelto a chillar. Que me calme, dice. Sólo si me calmo podrá ayudarme. ¿Que a Roge qué? Más despacio. Retiro unos centímetros el celular, respiro hondo. En el monitor parpadea el aviso de llamada en espera. Que me aspen. Que se pudran las telecomunicaciones. Que se hunda nuestra cultura bastarda, sus fantasías informáticas, su aborregado hedonismo robótico. Apagan las luces del estadio y yo quedo en tinieblas. Me pego al aparato, inseguro de que Brenda permanezca a la escucha. Detrás, como en sordina, la corriente del río. Es increíble que a mis espaldas fluya un río.

—¿Brenda, sigues ahí?

—¿Horacio? —trato de recomponerme inútilmente ante la voz de mi padre—. ¿Qué te pasa, estás llorando...? —algo del antiguo, irreparable coraje contra papá rebrota con violencia. Cuelgo.

Tardo una eternidad en restablecer contacto con Brenda. Le describo brevemente la situación, incluido el desastroso percance de Lauro. Le digo que necesito que venga, pero se vuelve a cortar. Reanudamos la comunicación a través de mensajes de texto. Me pide los datos del sitio. Escribo: “Brrio. Lmas del Encino. Zna. Bja, brrco”. No estoy seguro de que entienda “brrco”. Tecleo la palabra completa: “barranco”. Especifico que en la costanera, del otro lado del estadio. Leo en la pantalla iridiscente: “Slgo”. Me siento sobre una piedra a esperar. Caigo en la cuenta de que, si yo no logré sacar a Roge de la enramada, es improbable que Brenda consiga hacerlo sola. Y no quiero volver ahí. Miro a mi alrededor. Intuyo la proximidad de un banco de hierro, pero permanezco quieto. ¿Debería avisar a Lauro? Percibo un renovado, mortecino lamento proveniente de los matorrales. De pronto la idea de que exista la más mínima posibilidad de salvar a Roge me aterra más que la certeza de que esté muerto.

En los aledaños vibra un motor. El ruido de una portezuela que se abre; el estruendo de otra que se cierra. Identifico los gritos de Brenda y, con enorme pesar, me levanto y salgo a su encuentro. Reconozco detrás de ella a Ramiro, el fornido contador del despacho de abogados. Se rumora que entre ellos dos existe algo más que una relación profesional. Dejo que Brenda me abrace, entierro mi rostro en su cuello y empapo su ropa. Han traído la Pickup, me explican. Hay una rampa a unos cien metros, junto a los pilotes del puente. Los tres nos internamos en el ramaje iluminados por una linterna que sostiene Brenda. Ramiro se adelanta y consigue echarse a Roge sobre un hombro. Camino a la zaga detrás de Brenda. Por desgracia, Roge, técnicamente, sigue vivo. Eso es lo peor. No hay nada más insoportable, más desolador. Ramiro tiene que detenerse un par de veces para hacer descansar la carga en sus perneras manchadas de sangre. Lo deposita en la caja de la camioneta y subimos los tres a la cabina.

El veterinario ni siquiera tiene que sacrificarlo. Roge murió de un paro cardíaco durante el trayecto. Me cobra, eso sí, trescientos pesos por deshacerse del cadáver.

Brenda y Ramiro me llevan al departamento después de medianoche. Lauro se ha levantado de la cama y está preocupadísimo. Había intentado llamarme como diez mil veces. Es verdad, mi celular registra muchas llamadas perdidas. Si no estuviera como anestesiado, me carcajearía al contemplar los febriles labios de Lauro detrás del boquete de gasas. La tapa de la olla exprés continúa tirada a la entrada de la cocina.

Acompaño a Lauro a la cama, le administro otra dosis de analgésico y un nuevo tranquilizante. Le repito que estoy bien, no necesito tomarme nada. Salgo al balcón donde apenas hace unas horas Roge ladraba. Arrimo una silla al

pretil y me arrebujo en un cobertor mientras amanece. Entorno los ojos y me zambullo en un inmenso mar de petróleo. Nado y nado y no dejo de hundirme. Una claridad rosácea resquebraja el ensueño. El zarandeo escandaloso de un autobús. La aurora dura tan poco que siempre me ha parecido mezquina.

SALIDA NÚMERO CATORCE

Despertó con la sensación de que el incidente de anoche había sido un sueño. Como en los últimos siete u ocho años, asistió a una cena de la empresa con auténtica desgana y —creía— bien simulado entusiasmo. Clarissa se quedó en casa, para variar, ya no tenía caso fingir. Aceptaban que no necesariamente tenían que compartir siempre los mismos intereses, una regla esencial para la supervivencia de cualquier matrimonio. Habían alcanzado la madurez afectiva: esa etapa de amor pausado a la que sólo se llega después de mucho tiempo y de resignar muchas cosas.

Ayer por la noche estaba charlando, copa de cava en mano, con una mujer alta y delgada, de pelo corto y rubio peinado con la raya en medio. Le recordaba a una *flapper* de la década de los veinte del siglo pasado, a una Betty Boop de pelo claro. Era, le dijo, la representante internacional de Catering Aéreo, proveedora de la aerolínea patrona que los congregaba en ese coctel. Por su parte, él representaba a una empresa contratista especializada en la fabricación de bulones de fibra de carbono para las aeronaves. En la despiadada carrera de la competitividad, había corrido el rumor de que otra compañía estaba haciendo experimentos de laboratorio para producir piezas de un polímero especial mucho más ligero y resistente. La amenaza de inminentes recortes, si no se avisaban, pendía sobre su cabeza y su equipo de trabajo. No eran tiempos felices para él. No, señor. En una junta de accionistas se lo habían advertido: si

perdía el liderazgo en el ramo, sufriría las consecuencias. Mientras conversaban, se consoló pensando que ella recibiría presiones similares. Era el pan nuestro de cada día en ese ambiente de trabajo. Admiró la precisión ejecutiva con que la mujer despachaba asuntos de negocios con su *smartphone* de ultimísima generación. En ese mundo de tiburones no era improbable que ella estuviese entendiéndose en ese mismo momento con el corporativo que lo desbancaría. Aun así, le parecía encantadora. Hablaba un inglés casi nativo y se las arreglaba con gran soltura en francés y alemán. Metió de nuevo el aparato en su bolso de mano, se disculpó, todo era urgente. Él dejó su copa sobre una bandeja y aceptaron los canapés que les ofreció otro mesero de uniforme. Ella se apoyaba en una pared lindante con el balcón del *penthouse*. La puerta de cristal estaba cerrada porque era invierno, pero algunos habían salido a fumar un cigarrillo. A través del vidrio, más allá del reducido pelotón de fumadores, se extendía la vista portentosa de los rascacielos iluminados. La miró con una fijeza que le extrañó a él mismo, como si quisiera transmitirle la emoción de una vida por delante llena de gratificaciones. Se arrepintió de inmediato y desvió la mirada. Pensó que esa desconocida quizá fuera un poco más joven que Clarissa. Se preguntaba si no sería conveniente, para no lucir tan chaparro junto a ella, subir otro escalón del desnivel que dividía ese espacio de la amplia e impersonal sala casi desprovista de muebles. Sobre otros invitados que departían pesaba también la espada de Damocles. Subió, en efecto, un peldaño más, pero ella seguía sacándole unos centímetros. Lo desconcertó descubrir que no llevaba zapatos de tacón.

Venciendo la timidez, ensayó una broma de la que ella no pudo hacerse cómplice porque volvió a sonar el teléfono. Hubiera jurado que despachaba un negocio en ruso. La mujer tornó a disculparse, cerró la cremallera de su cartera

y luego le dedicó una mirada franca que dejaba traslucir una tensión rudamente contenida. Se sintió fuera de lugar envuelto en ese incómodo silencio. Mejor se concentró en masticar su bocadillo de anchoa imaginándose el deleite inconmensurable que le depararía acostarse con semejante belleza, lo que sería vivir una imposible aventura extramatrimonial. Ella no le quitaba los ojos de encima, con una intención ambigua. Deslizó la mirada hasta el anillo de casado, y después recorrió su barriguita inexorable pese a las recientes sesiones de gimnasio. Y siguió por el tórax, y la corbata y el saco. Sin atisbo de vergüenza, examinó su mentón, la barba de candado recortada con meticulosidad. Descendió otra vez hacia su mano y el anillo delator, y posó los ojos en los suyos, sin pestañear. ¿Por qué no vamos a otro sitio?, estaba seguro que le preguntaría después de haber declarado, por cierto, que se llamaba Aurora Rodríguez. Tendría que llamar más tarde a Clarissa, inventarse cualquier excusa. Ella lo seguía mirando mientras sonreía manteniendo una segunda copa muy cerca de los labios. Sin embargo, en vez de proponerle que fueran a otra parte, precedidas por un tenue tic en la órbita ocular bajo las pestañas, cobraron sonoridad otras palabras. ¿Soy demasiado alta, no es cierto? Bajo cualquier estándar, añadió, y lo abrazó con fuerza unas décimas de segundo. Enseguida ella se desprendió y le pidió que sostuviera su copa. Era embarazoso, dijo. Le entregó una tarjeta de visita, él hizo lo propio. La acompañó a recoger el abrigo cerca de la entrada, junto a un insípido bodegón, el único adorno en las paredes. Se despidieron de beso frente a la puerta abierta, otros también salían. Él se reincorporó a la congregación menguante, intercambió impresiones con algún desconocido y no se marchó sino hasta despachar el quinto cava.

Cuando sonó el despertador y manoteó para apagarlo no creía que nada de eso hubiera ocurrido realmente anoche. Ahora una ligera opresión en la cabeza amenaza con conver-

tirse en jaqueca insoportable. Hace frío. Se arrebujaba bajo las sábanas y se percata de que Clarissa ya se ha levantado. Debe de estar abajo en la cocina calentando la leche a los niños, como todas las mañanas. Luego Clarissa desandarà el camino escaleras arriba y los pastoreará para que no hagan trampa y se laven los dientes, y venga otra vez a descender a cariñosos empellones mientras Silvia y Gerardo, todavía somnolientos, protestan y hacen muecas. En ocasiones, hasta se ponen a llorar. Como él no puede eludir la obligación de presentarse en su oficina, se decide a salir de la cama. Una veloz ducha y baja a tomar café, tostadas y un jugo de naranja. Dos grajeas de paracetamol complementan el desayuno. Clarissa, como casi siempre, le acomoda el cuello de la camisa, la corbata, también las solapas del saco. Los niños ya están listos y se dirigen encorvados hacia la puerta. Es ridícula la cantidad de cuadernos que deben cargar en las mochilas. Clarissa le da un beso de una frialdad mecánica y él no puede reprimir asociarlo al recuerdo cálido de Aurora Rodríguez, la desconocida gigante rubia con quien por la noche había compartido una cercanía irracional. Gerardo y Silvia se enzarzan a empujones en las inmediaciones de la puerta, la competencia obcecada por ser el primero en abrir. Pese a lo previsible y reiterativo del cuadro, él se altera. Les grita que ya basta y, como a través de una súbita calina emocional, se cuele el pensamiento de que necesita con urgencia un abrazo. De que todos necesitamos un abrazo, un abrazo que ni Clarissa ni tampoco los niños —ni siquiera Aurora Rodríguez— podrán brindarle. Repite ya ha dicho que es suficiente y, por alguna extraña razón, en compañía de su cólera soterrada, se siente abrumadoramente solo. Está por embestir a sus vástagos pero la mano curtida de Clarissa lo retiene por la muñeca. Se vuelve hacia ella, avergonzado por su reacción, a veces se comporta peor que los niños. Además por poco olvida el portafolios y el ligero refrigerio que el doctor le

autoriza a tomar cada mañana. Cuenta con la mente hasta diez, en numeración progresiva y regresiva, abatido por vagos tormentos. Nota que ha conseguido serenarse. Los niños aguardan junto a la puerta con las cabecitas gachas y las manos empuñando los tirantes de las mochilas. Unos angelitos de ocho y seis años, la felicidad extenuante e inabordable. De espaldas a Clarissa, experimenta el imprevisto irradiar de la mano de ella sobre su hombro. El peso de su palma, el gesto cariñoso en que se traduce, lo embarga de nostalgia al recordarle hasta qué grado el lastre compartido del matrimonio domestica los antiguos fuegos. Ella retira el brazo. Cuando, de refilón, él le dice que la quiere, la reminiscencia fantasmagórica de Aurora Rodríguez le toca otra fibra insospechada.

Conforme se dirige a la puerta entreabierta se hace más nítida la luz filtrada entre la bisagra y el canto. El haz se difunde sobre el umbral atrapando remolinos de polvo y baña de albor los uniformes de Silvia y Gerardo. Se detiene, palpa los bolsillos del saco y cambia sus anteojos por otros de sol también con aumento. Los tres salen al jardincillo que antecede al portón eléctrico del garaje. Hasta ellos llegan al trote, para ofrendarles el protocolario olisqueo de buenos días, sus fieles mascotas: el joven Collins, un border collie, y Lady Recogida, una marrullera veterana cruce de mil razas. Esa mañana, repara en ello mientras guardan las cosas en el maletero y los chicos abordan el Mazda, los perros están demasiado nerviosos. Ladran mucho hacia la calle y aúllan de manera entrecortada, pero no se escucha ninguna ambulancia. Se quejan excesivamente, como cuando están enfermos. Se pone el cinturón de seguridad y Clarissa, quizá sospechando algo, abre la ventana de la cocina y grita si está todo bien. Cuando salen en reversa tiene que dar imperiosas órdenes por la ventanilla para que Collins y Lady Recogida no transgredan las fronteras y se precipiten hacia fuera. Hay unos siete u ocho canes recostados contra

la fachada de la casa de enfrente, del otro lado de la calle. Acciona el control remoto, el portón se cierra. Se estaciona junto a los perros. La mayoría son machos. De hecho, no detecta ninguna hembra que justifique ese agrupamiento. Lo miran con indolente indiferencia bajo los rayos tempranos de la mañana. ¡Ahja!, los jalea. ¡Fuera, largo! ¡Ushca!, les chista. Si se instalan ahí, a la larga tendrán que encerrar a Collins y Lady en el cuarto de servicio, en cualquier momento podrían escabullirse y trabarse en una pelea. Bate las palmas. Incluso baja del vehículo y amaga con agredirlos, pero si acaso dos o tres perros canela de la jauría, con pinta de mellizos, se yerguen sobre sus patas delanteras y, con la lengua de fuera y la típica respiración acelerada de los cánidos, se desplazan unos centímetros y vuelven a echarse como si nada. Le jode sobremanera. Está aturdido por los desaforados ladridos de sus propios perros y las inquisitivas preguntas de sus hijos, que no se pierden un solo movimiento desde el asiento de atrás. Fastidiado, decide regresar a su camioneta, ya resolverá el problema en otra oportunidad. Antes de arrancar ve a Clarissa en pijama detrás de los listones metálicos del portón. Collins y Lady Recogida, enredados entre las piernas de su esposa, ladran y ladran.

Camino a la escuela (Silvia y Gerardo no han parado de reñir atrás) le sorprende identificar, junto a los deportistas madrugadores de siempre, a numerosas cuadrillas de perros sin dueño que deambulan por las banquetas. Cruzan las calles con relativo orden y se detienen o sientan en las esquinas a la espera del cambio de luz del semáforo. Andan en grupos de hasta diez ejemplares, una cantidad exorbitante bajo cualquier criterio en una ciudad. Incluso los niños dejan de pelear y, perplejos, piden permiso para asomarse a las ventanillas y contemplar ese inusual paisaje deslizante de pelajes. Los cuadrúpedos parecen regir sus rápidos meneos bajo el designio común de una voluntad superior, de un súper líder alfa. Al pasar los miran con absoluta, jadeante

y perruna indiferencia. Las lenguas espumosas y rosáceas descendiendo y ascendiendo a ritmo regular por el hocico. Algunos son claramente callejeros. Otros llevan collar, lo que revela que se han escapado de casa. Otros pocos evidencian haber sido expulsados de un hábitat hogareño, pues lucen en el cuello desnudo la marca de un antiguo collar, cierta tersura en el lomo. Por el espejo retrovisor, en lontananza invertida, alcanza a distinguir cómo prosigue su marcha la marabunta canina, los escuadrones dispersos que se perfilan contra el recuadro urbano. Frente al parabrisas vienen muchos más.

¿Por qué hay tantos perros?, pregunta Silvia. Sí, papi, la secunda Gerardo. ¿Han crecido tanto los gatos (un adulto habría dicho: se ha multiplicado tanto su población) que ahora salen a cazarlos? Pero a él no se le ocurren respuestas. Es decir, no concibe ninguna explicación que no caiga en la imaginería risible de los filmes de zombies o las series televisivas de vampiros. No obstante, continúan pululando a su alrededor. La camioneta en que viajan transita como una flecha lenta entre rachas cruzadas de perros. Las fauces abiertas, babeantes; la mirada torva o la cabeza agachada, pasan cerca de los espejos laterales mientras ellos siguen a vuelta de rueda. Algunos paran y les dedican un ladrido bravucón; otros, uno más festivo. Las colas variopintas: sus longitudes cambiantes, algunos apéndices cercenados. Las orejas alertas de unos; aquel otro se aproxima entre la multitud con las suyas casi a ras de piso, como una fragata vieja que ha resignado el velamen y se deja llevar por la corriente. Y esos pasitos de mecanismo robótico semiarticulado que comparten todos. Los más independientes tienden a apartarse de las manadas, se desvían hacia alguna bocacalle, hurgan en los botes de basura en busca de comida. Pero de inmediato son reconducidos por ovejeros reales e improvisados. Cuatro o cinco pretenden amotinarsen, dan la vuelta y caminan en sentido opuesto, pero

son absorbidos por la voráGINE como un banco de sardinas. Al fin puede cambiar a segunda, pero tiene que clavar el freno para no arrollar a un antipático french poodle que se les atraviesa. Resuenan los bocinazos por todas partes, se ha formado un embotellamiento del demonio. ¡Largo, chuchó!, ruge a través de la ventanilla bajada y varios perros que pasan se vuelven un poco y lo miran con la lengua de fuera. El caniche, de un blanco mugriento, los broches en los rulos del peinado, corre hasta la portezuela; planta sus uñotas en la pintura, escarba, se revuelve, comienza a ladrarle con jactanciosa fiereza a unos centímetros del antebrazo. Arranca y ahora es el de atrás quien hace rechinar las gomas frenando con violencia. Más pitazos, gritos. A todo esto, sus hijos se han cansado de acribillarlo a preguntas no respondidas a satisfacción. Los acaba de reprender por haberlo desobedecido en primera instancia, cuando les indicó que subieran *ipso facto* los cristales. No entiende lo que está sucediendo, tiene algo de aterrador. Como se ha ensimismado en un silencio tenso al frente del volante y sólo anhela romper la inercia de ese rodar de tortuga, Silvia y Gerardo comienzan a formular sus propias hipótesis. Algunos conductores lanzan objetos desde sus automóviles. Primero la previsible ZV. Pero coinciden en descartarla, pues si ese barullo de pulgosos estuviera compuesto de zombis y/o vampiros, tendrían los ojos en blanco o los colmillos chorreantes de sangre fresca. Se chamuscarían por efecto de la luz del día, o saldrían despavoridos ante la señal de los dedos en cruz que ellos les hacen. Licántropos definitivamente tampoco son. Salvo por la cantidad, parecen perros de lo más normalitos. Luego sopesan otras posibilidades que su progenitor escucha boquiabierto. Silvia sostiene, por ejemplo, que deben ser alienígenas en obvio camuflaje, debido a su extraña gravedad han caído de una de las galaxias recién descubiertas. En su clase de ciencia han estado estudiando el tema de los nuevos telescopios.

Son muy potentes, podrán determinar con exactitud el punto desde donde se han desprendido. Su hermano se mofa de ella, sería más plausible (sí, dice “plausible”) explicarlo como un caso de generación espontánea masiva, como antes se creía pasaba con las moscas. Es más razonable suponer, continúa, que se trata de un experimento encubierto orquestado por la CIA para extender su hegemonía sobre los países emergentes (y también dice “hegemonía” y “emergentes”). Silvia, a su vez, se burla de Gerardito, ha estado viendo demasiada tele, papá, mamá y tú deberían vigilar que respete el horario autorizado. Siempre hace lo que se le pega la gana. Su padre sigue el hilo de la conversación con los puños crispados. Se ha formado un embudo de automotores cerca del tope que precede el paso peatonal por donde cruza un enjambre de perros. Gerardo se coloca de rodillas sobre su sitio y se gira por completo para mirar las evoluciones a través de la luneta. Las torrenteras de pelambre continúan confluyendo desde distintos recodos. Allá va un labrador alegre; más allá, unos beagles giran desorientados; por acá, un salchicha salta como propulsado por minitransbordadores espaciales. La estampa gallarda de un bóxer se desdibuja en un trote ligero; un bulldog con aire de malas pulgas se afianza cansinamente sobre sus patas cortas. Una dupla de electrizados fox terrier, de pelo duro y moteado, lleno de ramas y hojitas, atestigua el probable abandono de los amos al tirarlos en alguna carretera. ¡Miren!, grita Gerardo. Numerosos perros de casa, hartos del alboroto de sus propios ladridos, deciden saltarse las verjas y las tapias, sortear la altura de techos y balcones no muy eminentes para incorporarse al rebaño. La perrada que cruza por la cebra pintada en el asfalto se segmenta. Una parcela retrocede y los envuelve antes de proseguir su misterioso itinerario.

Ellos avanzan hasta un semáforo y viran por una calle a la izquierda e, inmediatamente después, a la derecha. Se

forman en la cola de autos frente a la entrada del colegio. Allí no se percibe nada anormal. Sin embargo, conforme se van acercando a la puerta detrás de una Voyager y esperan su turno para que los niños puedan apearse, se percatan de que el vigilante y las maestras no se limitan a recibir a los alumnos. El cuidador, armado de una escoba, se empeña en espantar a una corte de falderos que intenta colarse en las instalaciones. Las docentes pegan gritos y pisotones para ahuyentarlos, y la directora de primaria incluso se desespera y sale a corretear a una hembra para atizarle con un trapo. Destaba el maletero con la palanquita junto a los pedales. Gerardo y Silvia abren las puertas y él también baja para ayudarlos con las mochilas y darles un beso apresurado ante la impaciencia creciente de los padres de atrás. Nunca lo hace, pero esta vez los santigua. Como si se aproximase un huracán. Un huracán de perros.

En su trabajo el mostrador de recepción luce vacío. Karina estará maquillándose en los aseos o demorada en el café de la esquina comprando bocadillos. No le incumbe, que la despida quien tenga que hacerlo. Se dirige a los ascensores y pulsa el botón. Sólo funciona uno, los demás están fuera de servicio por mantenimiento. Cree alucinar cuando se abren las hojas de acero. Adentro hay un san bernardo con todo y barrilito de rescate en la garganta. Titubea, oprime otra vez el botón pero las puertas continúan abiertas con el perrazo reflejado en las paredes de cristal. Entra trastabillando, dice estúpidamente “buenos días” y marca el décimo piso. Al principio, durante el ascenso, mantiene su distancia apartado en un rincón. Cuando pretende “sacarle conversación” y acariciarlo, el san bernardo pela los dientes y emite un gruñido grave y sostenido. Así, paralizado, oyendo de manera simultánea el timbre que anuncia cada piso en ascenso y la advertencia persistente del san bernardo, no podría describir esa experiencia. Llegan a destino, por así decir, y aunque al salir con la espalda pegada a

los muros de la caja prevé lo absurdo de una fórmula de cortesía en esas circunstancias, no puede evitar despedirse murmurando “Hasta luego, que tengas buen día”.

Enfila por el consabido corredor entre el laberinto de mamparas de vidrio opaco que compartimentan las oficinas. Suele ser de los primeros en llegar y hoy no es la excepción. Los escritorios aún permanecen desiertos, sólo al fondo reconoce la cabeza de la contadora Morales nimbada por el resplandor del ventanal que mira hacia el bulevar. Podría preguntarle sobre el san bernardo, pero ella y él se han enfrascado en una guerra sorda a raíz de un rumor concerniente a cuál de los dos contará pronto con un despacho de alto ejecutivo. Tendrá que esperar a Mondragón, con quien comparte no lo que se dice una gran amistad sino la decrepitud atlética de los partidos de la liga de fútbol de padres de familia que promueve la misma empresa. La otra noche hubo otro infartado. Deja el portafolios y la lonchera sobre el asiento ergonómico que está todo vencido. Camina hacia la ventana mirando a intervalos las microcámaras colocadas en el techo. Imagina que el *staff* de seguridad proporcionará alguna explicación respecto al san bernardo, aunque tampoco vio a ninguno de ellos abajo.

Morales lo detecta y le dedica, a modo de saludo, un gélido asentimiento de cabeza. Se sitúa frente al vidrio a prudenciales metros de ella. Las miríadas de perros siguen enturbiando el panorama. Son centenares. Muchos se detienen y mean los árboles del paseo. Runflas de exaltados pretendientes se baten a dentelladas para ganarse el derecho a copular con los ejemplares en celo. Otros forman escoltas tras el trote rítmico de los más vigorosos. Juraría que ve salir del edificio al san bernardo, aunque no podría estar seguro, el acceso principal le queda en un ángulo ciego. Vuelve a su cubículo y enciende la computadora. Mientras sus compañeros comienzan a aparecer revisa su correo. La misma basura invasiva de costumbre. Una circular

redactada con las patas convocando a una soporífera asamblea por la tarde, ya se lo había adelantado Mondragón. Los del piso de abajo están cagados en los calzones, nadie se salva de la “optimizante podadora”, como le encanta repetir con nefando sadismo a Julio Santillán, el CEO. Desecha varias comunicaciones *spam*. Abre otra ventana en el buscador y consulta las noticias, pero los diarios no mencionan nada acerca de los perros. Se concentra de nuevo en su correspondencia. Encabezando los mensajes no leídos de la bandeja de entrada ubica uno de Aurora Rodríguez. Lo abre con un palpito. “Me gustó mucho tu abrazo. ¿Quieres que hablemos de eso?” Y le propone reunirse a las cuatro de la tarde en una dirección específica de los suburbios. ¿Qué hacer?, se pregunta y, aun sentado, siente que se le aflojan las rodillas. Repica el teléfono fijo y él contesta, distraído. Sus pensamientos vagan en la fluorescencia que promete la fantasía de Aurora Rodríguez.

—¿Damián?, soy Clarissa —él reacciona como una oruga fumigada con insecticida—. Estoy tratando de comunicarme al celular desde hace rato. ¿Lo tienes apagado?

Se palpa el bolsillo y comprueba que se le ha olvidado encenderlo. Con todo el asunto de los perros. No puede parar de temblar.

—Escúchame. Estoy con los niños en la escuela. Llamó la directora. Van a evacuar la ciudad, lo acaba de confirmar Protección Civil por la radio.

A través del chisporroteo del auricular, se percibe una barahúnda de voces y ladridos.

—Damián, pon atención. Es urgente, me oyes, urgente que subas ahora mismo a la camioneta y te reúnas cuanto antes con nosotros en la salida número catorce.

De lo contrario, quedará atrapado en el cerco sanitario. Se ha decretado toque de queda a partir de la una y después nadie podrá entrar ni salir del perímetro acordonado. Las perreras municipales no dan abasto, muchos empleados han

tenido que ser hospitalizados a consecuencia de las mordidas. En exclusivas zonas residenciales, bandas de encarnizados rottweilers, pitbulls y dogos argentinos se disputan el control territorial. Han matado y devorado a varias personas. No sólo transeúntes anónimos y ocasionales, también a sus propios amos.

—La policía ya está interviniendo —silbatazos, el estruendo amortiguado de patrullas de policía, sirenas de ambulancia—. El ejército viene en camino, va a copar el centro histórico. Sal de inmediato.

Restallan unos clics y teme que vaya a cortarse la llamada. Para contener la temblequera ha tenido que hacer ejercicios de respiración escudado en la mano que ahora tapa el micrófono.

—¿Damián, sigues ahí?

—Sí —retira la mano del teléfono—. Aquí sigo.

—Te paso con Silvia, no entiendo qué quiere decirte.

—¿Pa?

—Sí, hija. Dime.

—Lo bueno es que no se transforman.

—¿Cómo?

—Los mordidos. No se convierten en el mismo agente que los ataca, como las víctimas de los zombis y los vampiros en las películas.

—...

—Por supuesto, quedan expuestos a la rabia y a muchas otras infecciones. O a quedar amputados, pero no se transforman en perros.

Clarissa ordena a Silvia que le devuelva el aparato. Discuten algo y luego la voz de Gerardo resuena por los orificios de plástico.

—Sólo para despedirme rápido —dice sobreponiéndose a una recia secuela de ladridos—, mamá está muy nerviosa.

—Cuídalas, Jerry. En mi ausencia tú eres el hombre de la casa. Los veré más tarde.

—¿Papi?

—¿Qué?

—No te *queba* la menor duda —pese a su florido vocabulario Gerardo aún no ha aprendido a conjugar correctamente el verbo *caber*.

—¿De qué hablas?

—La CIA está detrás de todo esto. Siempre es culpa de la CIA.

—¡Basta ya de sandeces! —a Damián no le cuesta imaginar el aspaviento perentorio con que Clarissa ha arrebatado el móvil a Gerardo—. Te esperamos entonces, Damián. Salida catorce. Mejor apúntalo, te noto muy distraído. Han asignado los números de salida de acuerdo con los códigos postales. Te pedirán tu identificación para cotejarlo. No te vayas a equivocar.

—Espera —casi grita Damián contra el renovado bullicio de fondo—. Collins y Lady Recogida, ¿están con ustedes?

—No —Clarissa rompe a llorar—. Después te explico —y cuelga.

Damián se pone el saco, toma el portafolios y la lonchera. Lo gobierna una calma extraña y repentina, un bálsamo a la angustia atroz que parecía rajarle en canal el pecho durante la reciente conversación con Clarissa y los niños. Mira a su alrededor. Los que acababan de llegar, se han largado. Se apresura hacia el ascensor, con suerte ya no encontrará al san bernardo. Sin saber a ciencia cierta por qué, de pronto se apiada de Morales y vuelve sobre sus pasos para prevenirla. Cuando ya está cerca del rectángulo de claridad entre los paneles, y la silueta de la aborrecible compañera se perfila a contraluz inclinada sobre su escritorio, repiquetea el teléfono. La contadora atiende y, a un tiempo, hace un resuelto ademán para indicarle que se detenga. No suele ser susceptible, mucho menos tratándose de Morales. Supone que algún pariente o amigo la estará poniendo al tanto de lo que ocurre, aunque le resulta difícil

aceptar que Morales pueda tener parientes e imposible concebir que alguien sea su amigo. Gira sobre sus talones y se precipita a zancadas hacia el rellano.

Cruza corriendo el vestíbulo absolutamente desierto, pero al intentar trasponer la puerta giratoria se queda atascado con un mastín napolitano gris que lo tumba a lengüetazos. Se acurruca, muerto de pánico, para defenderse entre el vidrio y la alfombrilla del cilindro, levantando el portafolios. Pero su nuevo amigo, de imponente alzada, no depone la actitud cariñosa y le deja unos pegajosos colgajos de baba en los anteojos. La bestia ladea la cabezota con sus ojillos de por favor adóptame. Le lame a conciencia las orejas y a él le vuelve el dolor de la resaca de anoche. Se le intensifica a tal grado que teme su cerebro vaya a desintegrarse. Se incorpora o, mejor dicho, el mastín se aparta de encima y lo arrastra detrás suyo al empujar la hoja para salir. Afuera, el contacto con el aire caliente le transmite una sensación de asfixia. Termina de ponerse en pie, maldice, se sacude y limpia con un pañuelo desechable. Ve pasar a un precioso setter negro. Y a muchos otros perros. Más lejos tres galgos, los diminutos cráneos en los lomos curvados, emprenden una veloz carrera y en cuestión de segundos rebasan a todos. Receloso, rodea el edificio y baja por una puerta excusada al estacionamiento. Sólo hay tres autos, incluido el suyo y el de Morales. No tiene idea de quién será el otro. Enciende el Mazda y las luces. Hace rechinar los neumáticos cuando sube por la rampa y sale disparado. Salida número catorce. Salida número catorce, no debe dudarle.

¿O Aurora Rodríguez? Esa perfecta desconocida de brazos y piernas largos. ¿Estará también ella huyendo en esos precisos instantes de los perros, nuestros miedos más tangibles? ¿O aguardará a que él acuda puntual a su cita? En cualquier caso, ¿por qué no tomar un breve desvío? Clarissa y los niños estarán bien. Con seguridad los conducirán a

un enclave aislado y protegido, adonde no tengan acceso los perros, como en las películas ZV. Si viera antes a Aurora, podrían aclarar el asunto (¿cuál?). ¿Tenía las uñas pintadas, Aurora? No logra recordarlo. Pero... ¿en qué mierda está pensando? Salida número catorce. Salida número catorce. ¿O Aurora Rodríguez, sólo un momentito? La puta que lo parió. Hay que cuidarse de los perros. Hay que cuidarse de los abrazos.

Ingresa al periférico y pisa a fondo el acelerador. A la derecha, un letrero anuncia la salida número catorce. La boca está flanqueada por vehículos policiales y del ejército. Poco más adentro, han instalado un retén con costales de arena y armas de repetición. Esparcidos en la cuneta hay varios cadáveres de perros. Damián sigue de largo y viola a sabiendas los límites de velocidad. Restriega las manos en el volante. Las lágrimas se le agolpan.

Deja atrás, a la izquierda, otro letrero: RETORNO.

INFLUYENTE

En esa época dormía a salto de mata, sobresaltado, apenas conciliaba el sueño falsamente envuelto en la felicidad grávida de los ansiolíticos. Pero la química cerebral era traicionera, lo pateaba dos o tres horas después de medianoche con la fuerza de una coz de mulo y lo devolvía a la conciencia de los aprietos económicos, de la paternidad recién adquirida; a la ansiedad de la realización íntima siempre postergada. Era economista por una suma de circunstancias: un padre impositivo, cierta flaqueza de carácter, la mitología risible pero operante en su juventud de que los economistas eran los únicos que entendían y gobernaban el mundo. Sin embargo, aspiraba a ser cuentista. No un cuentista furtivo como ahora sino reconocido, con la correspondiente parafernalia de traducciones, adelantos en concepto de derechos de autor y regalías, viajes a ferias internacionales, la admiración y quizá hasta algo más de las guapas y avispadas estudiantes que revolotearían a su alrededor para que les firmara su libro. Querría convertirse en un *trent topic*, o como coño se llamara, de las redes sociales. ¡Ah, quimera desbocada y maldita! Sí, vendería su pequeño reino doméstico (y el que fuese) por ser un personaje público. Un influyente.

Ni siquiera podría decirse que así tendido en la cama, con los brazos en tensión entrecruzados sobre el borde de las sábanas, abriera los ojos como platos; lo excepcional era que, ya en ese momento de la madrugada, pudiera apartar-

los del ronroneo giratorio del ventilador entrevisto en la penumbra cenital del techo; pasearlos al menos por las paredes encortinadas de la pieza, por cuyas ventanas veladas se tamizaría para variar la luz deslumbrante cuando el insomnio no fuera ya sino una renovada y cruel confirmación. ¿Por qué habían acabado mudándose precisamente al trópico, a ese territorio húmedo, plagado de insectos y con olor a cloaca vegetal? Casi lo olvidaba, había sido su culpa. Una oferta de un trabajo que ahora se tambaleaba. Pero de nada servía arrepentirse a esas alturas, si lo perdía tendría que resignarse a buscar una nueva ocupación. Llevaban cuatro años instalados ahí. El mes anterior su mujer había conseguido un empleo con un salario que superaba dos veces el suyo. Además, en una casa vecina, del otro lado de la calle, había un perro odioso, blanco y obeso, que le ladraba cada vez que lo veía salir. Con qué gusto lo envenenaría.

María Fernanda lo comprendía; es decir, lo de su vocación secreta de cuentista. Y lo apoyaba hasta donde su proyecto era factible. No respecto a lo de las estudiantes bien dispuestas y su improbable encumbramiento al éxito social, desde luego, fantasía la primera que Braulio tenía buen cuidado de reservarse para sí y para esporádicos placeres que se brindaba encerrado en el baño cuando su esposa salía a hacer la compra al súper. Pero sí por lo que hacía a la legítima aspiración de cualquier persona creativa a entrar en contacto con el arte. Aunque fuera el arte limitado del cuento. “¿Limitado?!”, había repuesto Braulio una vez que discutían, furioso. Vamos, tampoco se trataba de esculpir el David. Un hombre con mediana educación, acostumbrado en la infancia a redactar sus ejercicios, tarde o temprano acabará escribiendo un cuento, que fuera bueno o malo ya era otra cosa. Una fatalidad, casi un reflejo condicionado por el aprendizaje del alfabeto. Incluso, había escuchado María Fernanda, en algunos países en vías de desarrollo como México florecían tantos cuentistas que superaban a los

lectores. Y cómo se odiaban entre sí, cada uno pasaba el día entero leyendo exclusivamente lo que él mismo había escrito, regodeándose en sus zurullos, diría Bukowski. Los escritores de cuentos tuit, por otro lado, no se habían aburrido de proliferar con el paso de los años, y hasta la fecha se creían la mar de originales e ingeniosos. Como fuera, ella lo alentaba: que no se diera por vencido, que siguiera cultivando esas fábulas breves. Podría dedicarles un tiempillo los sábados aunque tuviera —como todos, todavía— que ir a trabajar el resto de la semana. Era vital, eso sí, que no confundiera esos relatos, o la expectativa de lo que podrían depararle, con la realidad. Porque a Braulio a veces se le dificultaba distinguir ambas cosas. Lo que quería ser y lo que era. Y se enfermaba. No de afuera sino de adentro.

Consultó las manecillas fosforescentes de su reloj de pulsera. El tic-tac inexorable todavía fraccionaba una tenue esperanza de reposo. Restaba un par de horas antes de que sonara el despertador. Debería desprenderse de la muñeca esa falaz maquinaria reguladora del tiempo, evitar llevarse el dispositivo torturador a la cama, como le había sugerido mil veces María Fernanda. Pero lo angustiaba en mayor medida sentirse náufrago en el océano de la inmensidad nocturna sin por lo menos esa ilusoria tabla cronométrica de salvación. Todavía podría dormir, se decía. Si insistía y se concentraba lo suficiente conseguiría desenchufarse y recuperar lo mínimo indispensable para mantener aceitado el organismo, para no desvanecerse al mediodía siguiente en medio de la calle. ¿Calle?, unos cuantos caminos pavimentados y construcciones de poca alzada entre el polvo y la espesura de arbustos. Gracias al cielo había antenas para televisión satelital, telefonía y conexión a internet. Si no ya se habría cortado las venas, se habría echado al garguero un coctel de barbitúricos. Con el dinero aportado por María Fernanda saldarían deudas, romperían la alcancía para comprar por fin un maldito aire acondicionado. Quizá hasta un

perro. Un perro simpático y cariñoso, no como el de los vecinos.

En medio de la claridad que surgía de las tinieblas largamente contempladas, removidas por las aspas rotatorias, Braulio intentó abrir más los ojos. Era imposible; sentía los párpados entibados con punzantes tornillos, si se esforzaba más se volverían sobre sus propias órbitas quedando en blanco. Si María Fernanda despertaba entonces y procedía a incorporarse encontraría sobre los almohadones a un marido no sólo insomne sino con cara de zombi, y gritaría de puro espanto. Era inútil: empeñarse en adormilar esa vigilia intranquila. No fructificaba ni contar ovejas ni imaginarse teniendo sexo con las actrices más guapas de las telenovelas ni la anestesia siempre reconfortante de concebir el lento aniquilamiento de los peores enemigos. María Fernanda comenzó a emitir a su costado, con regular intermitencia, un ronquido apacible. Sobre su cuerpo, de perfil y de espaldas, acurrucado con dulzura, un poco más allá de la cabellera lacia y desarmada, Braulio percibía la oscura macidez de los contornos de la cuna lindante con el borde de la cama. El sonido de la cálida respiración de su hijo de seis meses, extrañamente animal, se sobreponía a los resuellos de su compañera, “la emperatriz de sus días”. Braulio resolvió abandonar el lecho. No tenía caso seguir atormentándose a la espera de un descanso del que se vería privado otra noche más. Se calzó las pantuflas. En realidad unas sandalias de plástico con la pala del peine rota, lo único que soportaba con esa temperatura; desanduvo el breve pasillo que lo separaba de la estancia que habían acondicionado como sala. Encendió el televisor a volumen naturalmente muy bajo. Se desplomó con un suspiro en el sofá de segunda mano (raída tela melocotón) que urgía reemplazar. Le gustaba grabar sus programas favoritos y luego reproducirlos como si fueran DVD. Anoche no había tenido oportunidad de ver el noticiero de máxima audiencia,

presidido por un presentador moralista y sabelotodo conchabado con lo más ruin de la clase política. Habían llevado a Ramiro con el pediatra a su chequeo médico rutinario. Era detestable —el conductor televisivo, no su bebé, y un poquito también el doctor—, pero su espacio representaba un medio eficaz de mantenerse enterado en sólo media hora de la larga lista de desgracias cotidianas que asolaban al planeta. Siempre tenía mucho quehacer en la oficina, no había ocasión de revisar el periódico local ni consultar otros órganos informativos en la red. Pulsó *play* y las facciones del rostro cargante de Fermín Como Combo se delinearon entre coloridas franjas de estática que luego desaparecieron. Esa noche el estudio se engalanaría con la presencia de un invitado especial.

Durante la pausa publicitaria, que Braulio olvidó adelantarse con el mando a distancia, lo asaltó un batallón de preocupaciones. Aunque el puerperio de María Fernanda había concluido hacía rato, seguía amamantando al niño, por lo que se vería obligada a sacarse leche en los aseos de su nuevo trabajo y ponerse después protectores para que el sujetador no se le aureolara. En los próximos días trasladarían a Ramiro y su cunita a la pequeña habitación contigua. Había llegado el momento de un primer bocado de independencia entre progenitores e hijo, pese a la mayor y no confesada carga psicológica que esa determinación de pareja suponía para el padre. Quedaba pendiente regular el permiso de residencia de su mujer, quien justamente por la cuarentena posparto, y después por mera desidia, continuaba sin acudir a las oficinas donde debía hacer el trámite. Y estaba también su delicada situación laboral, que si empeoraba acabaría afectando no sólo la calidad migratoria de Braulio sino muchos otros aspectos, no sólo los pecuniarios. La empresa multinacional que lo había contratado emprendía ahora una feroz campaña de recortes; se rumoreaba que las próximas víctimas se hallaban entre los chicos

de su entorno. Si lo echaban del *staff* abocado al diseño y comercialización de proyectos de desarrollo sostenible, podría dedicar más tiempo a su verdadera pasión. Ésa sería la única ventaja. Escribiría cuentos, desesperado, con las solicitudes de empleo en la mano, entre largas y estériles antesalas, hasta que un patrón se apiadara de él y lo incluyera otra vez en la nómina.

¡No era una increíble coincidencia que el invitado de Fermín Como Combo fuera un cuentista! Sumamente famoso e influyente, no de clóset, como el desvelado telespectador que lo miraba a través del monitor encendido. Se llamaba Enrique Álvarez Cornucopia y era originario del mismo país latinoamericano de donde procedía Braulio. Era célebre en esa isla tropical abandonada de Dios pero asimismo en muchos foros. De hecho, se podría afirmar que Álvarez era ubicuo a nivel mundial, si se admite el pleonasma. Del ámbito del cuento escrito en castellano lo traducían a todos los idiomas. Su visita formaba parte, según explicaba el presentador, de un *tour* —sí, *tour*— promocional de su obra a raíz de la designación de su queridísimo y admirado amigo Enrique, en el festival cultural Cali 2025, como uno de los treinta y nueve escritores más influyentes menores de cuarenta años de América Latina. Antes de tomar la palabra, Álvarez sonreía a la cámara, sentado con una pierna cruzada en un cómodo sillón de ancho respaldo. Se acodaba con un brazo sobre la mesa que compartía con el presentador, dos dedos sobre la mejilla recién afeitada en una estudiada pose de inteligente, irresistible desenfadado. En efecto, dijo una vez que concluyeron las zalamerías de Como Combo. Era uno de los treinta y nueve mejores escritores menores de cuarenta años; no quería incurrir en soberbia, pero tampoco tenía sentido un vano gesto de humildad cuando todo apuntalaba su talento. El modesto genio lucía un peinado muy extraño. A pesar de la gomina evidente y de estar relamido hacia atrás, su cabello rubiecillo

le flameaba por encima de las orejas. Con toda probabilidad, proseguía, en su próximo cumpleaños representaría a uno de los cuarenta mejores escritores menores de cuarenta y un años, y al siguiente a uno de los cuarenta y un menores de cuarenta y dos, y a los cincuenta a uno de los mejores menores de cincuenta y uno, y así sucesivamente. El camarógrafo había hecho un acercamiento bastante grosero y ahora se generaba la falsa impresión de que el cuentista iba galopando a caballo, en lugar de situarse en un punto fijo del plató. Se parecía a Lorenzo Lamas en la serie *Renegado*, a quien siempre le ondeaba el pelo, aunque estuviera dentro de una cafetería o tomando un baño en una sauna. Casi se le veían los poros impregnados de sudor y maquillaje, el cutis dorado con seguridad en una cabina de rayos UVA. ¿Le habrían puesto un miniventilador sobre una de las cámaras?

Quería dejar en claro, agregó como si se dispusiera a lengüetear la concavidad del objetivo, que no sólo era uno de los mejores treinta y nueve escritores menores de cuarenta años de Latinoamérica. También de América del Norte, Europa, Asia, África y Oceanía. Un *zoom out* ofreció una panorámica más contextualizada de la volatilidad de su cabello. En ese rubro, Álvarez Cornucopia había perdido por completo el dominio, los mechones se subordinaban en tropel. Dijo que él no salía de casa sin su Blackberry, y para ejemplificar se puso a teclearlo delante de todos añadiendo que en su palmarés contaba con treinta y nueve importantes distinciones, una por cada año de su vida. De golpe se veía fastidiado, con ganas de concluir la entrevista. Le quedarían, pensó Braulio, muchos telediarios que visitar. Vaya monserga. Tal vez lo acompañarían su agente y su asesor de imagen, a quien convendría pedir la renuncia o sustituir por un peluquero. Entonces Fermín Como Combo, con aire de complicidad y haciéndose el entendido en temas de literatura, pese a que dos semanas antes había adjudicado la

autoría de *Crónica de una muerte anunciada* a Mario Vargas Llosa, se reclinó hacia su invitado para formular una pregunta tan confidencial como se lo permitía la circunstancia de dirigir el noticioso campeón del *rating*: “Aquí entre nos, ¿el gran Enrique Álvarez Cornucopia considera estar a la altura de José Luis Borges?”. A lo que el interrogado respondió con un escueto: “Jorge, no José”. “Sí, sí, claro, Jorge”, el informador se apresuró a restar trascendencia a su pifia. “Verás, querido Fermín”, retomó el planteamiento el despeinado y condescendiente artista, “Borges escribía para sus seguidores. Yo, para todas las edades del hombre...”

En ese instante Braulio era incapaz de soportar el característico fundido de imágenes que precedía a la cortinilla de los comerciales. Apagó el televisor. La sola idea de permanecer mirando la pantalla le revolvió el estómago. Se sentía en verdad desazonado. Pensó en distraerse mejor con el ordenador pero seguro ahí también se encontraría a Enrique Álvarez Cornucopia. Se lo encontraba en todos lados, por supuesto, no por nada era omnímodo. Recordó a su pesar algunos episodios de su vida relacionados con él, cuando junto con María Fernanda aún no emigraban de la patria ni habían decidido radicarse en esta ínsula calcinadora. Allá, en aquel país perdido, el petulante narrador controlaba el sistema estatal de becas, donde Braulio fue objetado una y mil veces por ser economista antes que cultivador del cuento y, sobre todo, por haber cometido la temeridad todavía más imperdonable de no haber ganado nunca un premio ni ser un lambiscón. Manipulaba a su antojo el repartimiento de los galardones literarios; defenestraba a críticos no alineados de suplementos y revistas. Dictaba la pena de muerte al excluir a chuchito o mengani-to de las antologías. Braulio, no obstante las consecutivas cartas de rechazo —con la inexorable rúbrica de Álvarez Cornucopia estampada al calce— que recibió a lo largo de cinco años, había intentado con cándido optimismo ponerse

de todas maneras en contacto con ese potentado de la letra impresa y electrónica. Lo convencería: uno podía dedicarse a los estudios económicos y ser además, si no un cuentista prodigioso, al menos honesto. A riesgo de pecar de ingenuidad, que era de lo que pecaba exactamente con cada nueva tentativa. Había conseguido su número telefónico pero Enrique le había colgado, la imprudente insolencia de otro más de sus desconocidos admiradores lo encolerizaba. Había intentado en balde saludarlo en presentaciones de libros. Hasta se había quedado con la mano tendida en el aire. Inclusive, una vez que el destino malhadado los hizo coincidir en un restaurante, Braulio se levantó de su sitio para ir a saludar a su bestia negra y conciliarse con sus demonios. No necesitaba demasiado, acaso un par de palabras amables, pero Álvarez no contribuyó en lo más mínimo a esa fantasía. Lo miró con desprecio de arriba abajo y le dio la espalda para continuar escuchando el panegírico que le ofrendaba un séquito de hagiógrafos autorizados.

El amanecer comenzaba a filtrarse a través de las tablillas de la persiana. Un camión pasó traqueteando por la calle. Otra vez los ladridos del perro de los vecinos. Inmerso en esa claridad progresiva, miró el televisor apagado delante de sus narices. Reconoció el pequeño librero adosado a una pared, atiborrado de colecciones de cuentos de autores iberoamericanos. Buscó consuelo en las reproducciones enmarcadas de una pintura de Hopper y otra de Magritte. La lámpara de pie, a falta de espacio, se reclinaba sobre el otro brazo del sofá, como si la hubiesen empujado y se afanzara para no caer. Más allá el desayunador, comprado recientemente con mucho esfuerzo, parecía venírsele encima. En realidad, pensó Braulio, en esa etapa de su vida todo parecía desplomarse sobre él. Ya cambiarían las cosas, se dijo. “Ya cambiarán, ya cambiarán, ya cambiarán...” Entonces, mientras entonaba esta plegaria, tuvo que aceptar que el arca del resentimiento se había vuelto a abrir. Sentía

bochorno, vergüenza, rabia. En el fondo Enrique Álvarez Cornucopia no era sino un imbécil redomado, pero aun así lo envidiaba. Su existencia en este mundo constituía el detestable espejo de su propio y pútrido fracaso. Se habría puesto a llorar si el infeliz perro no ladrara ahora enfebrecidamente.

Cuando Braulio pasa al baño a vaciar la vejiga le viene a la cabeza esta frase: "El alba y la aurora engendraron otra vez el incandescente disco impío de sus pecados". ¡El incandescente disco impío de sus pecados!, tendrá que ingeniar una historia acorde a la pomposidad de esa sentencia. Se estudia en la luna del botiquín; sonrío con tristeza en tanto tira la cadena y reanuda el chancleteo de las sandalias. Vuelve a la cuna y contempla a Ramiro. Es una cajita de ruidos simiescos que se confunden con los ronquidos entrecortados de la madre. Yace envuelto en una franela cual tamal en hojas de mazorca. María Fernanda ha girado sobre su flanco izquierdo hacia la ventana de gruesa cortina que da al minúsculo patio; ocupa la sección de la cama que por lo regular le corresponde a él. La mira otra vez de espaldas: el cabello largo y castaño, sobre el omóplato derecho, asoma bajo el tirante del camisón. Braulio toma en brazos al niño dormido. Luego lo acomoda y lo levanta como si fuera un balón de rugby. Lo atrae hacia su rostro. En la penumbra agónica distingue los vellitos que nacen en sus orejas, la rala patilla cobre que se prolonga hasta el mentón. "¡Shhh!", escucha el siseo desaprobatorio de María Fernanda, que emerge desde la reconditez de las sábanas. "No hagas ruido", ordena. "¿Lo dices por el nene?", pregunta en voz queda Braulio. "No, lo digo porque me aturdes."

Atrae hacia sí, todavía más, a su retoño. La boquita de Ramiro, todo él un perfume de lactancia agria, mierda y frutas del bosque, se entrecierra en un triángulo invertido, como el pico de un pájaro. Entre sus labios se forman y revientan diminutas pompas de saliva. Ante esa visión, Braulio no puede menos de compadecerlo. Algún día crecerá y

tendrá una noche de insomnio; lo agobiará el peso de las responsabilidades; se dejará intimidar y envidiará a alguien que ejerza un poderoso influjo sobre él. Aunque también cabe imaginar que su historia no se repita ni emule a la de su miserable padre. Que un día Ramiro sea una persona influyente, respetada y temida. Un influyente, además, que no sea forzosamente un imbécil.

Lo estrecha con la ternura vesánica que cabría esperar en quien lleva jornadas sin descabezar siquiera una siesta. Ese aliento a calostro procesado acaso sea la última esperanza. Braulio mete casi las fosas nasales dentro del triangulito orgánico de babas prodigiosas. Posa nuevamente a Ramiro en la cuna, con delicadeza. Una correntada de algo indefinible lo estremece. Entonces, sólo entonces, el fantasma melena al viento de Álvarez Cornucopia se disuelve entre las baldosas del piso. Como si lo tragara un suave remolino justo cuando ha terminado de amanecer.

TE EXTRAÑO, BESTIA

No soy capaz de explicarme por qué, casi al rayar el alba, estoy sentada en esta silla junto a la mesita del teléfono. Tengo el brazo extendido sobre el aparato sin decidirme a marcar el número que me dio hace unos meses Enrique Labrada, incluido el prefijo 264 de Namibia, un país que siempre me ha sonado a amibas. Debe estar plagado de ellas. Namibia y, a estas alturas, también Enrique. Tamborileo sobre el tubo plástico, es una estupidez lo que me propongo, no tiene ningún sentido. ¿Qué pensaría Enrique de mi llamada? ¿Cuántas horas de diferencia hay con Namibia? No podrán ser tantas como con respecto a Japón, desde luego. Qué diablos habrá en Namibia, además de leones y cebras. Hasta donde sé, allá ni siquiera hierven el agua. Observo mis uñas. Esta noche opté por pintármelas a la moda en un bicolor azul rey y platino. Me miro de reojo en el espejo en la pared, apenas iluminado por la cocina encendida. Desvío la vista hacia la entrada del departamento. Me avergüenza mi pijama: una especie de biquini rosa, la braguita ceñida y el sujetador ínfimo, digno de mejor ocasión. ¿En qué fallé? ¿Cómo me he equivocado tanto? Me contemplo de manera oblicua en el espejo, pero sin lugar a engaños. Tengo la cabeza despeluchada. Estoy hecha una porquería.

Cada tarde de esta estación invernal, cuando no nieva a raudales, acudo a la pista pública de patinaje. Quizá sea el único

momento en que me siento feliz. Montada sobre las cortantes navajas, me desplazo a placer entre otros patinadores y me asumo de nuevo como persona. Acepto con la frente en alto —al menos con resignación— el fracaso de una serie de proyectos en los que depositaba una expectativa gigantesca. El contacto con la intemperie me vigoriza, muevo las piernas en alternativo compás; inclino hacia delante el torso y emprendo carrerillas de un extremo a otro del circuito con las manos entrelazadas detrás de la espalda. Me divierte examinar el abigarramiento de esa fauna tan deportiva y *nikemente* equipada: asiáticos y negros, anglos e hispanos, hare krishnas con trenzas sobre sus faldones, padres y niños que se tambalean, padres en alarde de tibia velocidad que siguen soñándose jóvenes mientras desatienden a sus hijos que se caen de espaldas. Otros arrastran su nostalgia como una sombra rodante sobre la luminosidad lijosa del hielo. Un punk trasnochado ha tenido, muy a su pesar, como cualquiera, que cubrirse con una ligera chaquetilla que vela los dibujos de su antebrazo: otros tatuajes emergen por los cuellos y las manos de adolescentes de ambos sexos que suspiran por parecerse a una cantante o a un futbolista de moda. Me conmueven las abnegadas madres que por fin —y por puro amor— se han decidido a subirse a esos inestables fillos. Se desplazan con elefantiásica torpeza aferrándose al muro elíptico, muertas de regocijante miedo bajo el gorro y las orejeras, transpirando dentro de esa cebolla de ropajes que dificulta todavía más sus maniobras. A veces paso entre dos de ellas o ayudo a alguna que se ha caído a levantarse, pero por lo general continúo concentrada en mi deslizante marcha firme impulsándome con el talón de la izquierda y luego con la diestra. He aprendido a cruzar las piernas y equilibrarme con los brazos al bordear las curvas sin necesidad de detenerme.

Escucho en mis audífonos la ira melódica de un grupo de rap mixto (vocalista blanco y muchos saltarines negros)

muy popular. Como yo, se han rebelado contra el sistema. No quiero pensar demasiado en ello mientras patino. En la hipocresía subyacente. En la infinidad de premios en dinero que han recibido sus integrantes. Las entrevistas por televisión. Los videos colgados en internet. Me incomoda asociarlos con mi propia desobediencia, cuestionar mi propia renuncia, el verdadero valor y alcance de haber echado por la borda la perspectiva de una brillante carrera diplomática. ¿De qué me ha servido el doctorado en esa prestigiosa Universidad del Norte adonde mis padres (lo único en que se han puesto de acuerdo después del divorcio) me enviaron con tanto sacrificio y esperando todo a cambio? Todo, claro, excepto que ahora (un segundo consenso) *desperdicias así tu vida, obsesionada con el patinaje y trabajando como mesera en un antro*. “Fuck you, motherfucker” atruena en mi cerebro este extático canto de guerra y por mi sangre corre la reparadora endorfina del esfuerzo físico. Me colma una poderosa sensación de bienestar mientras me escurro entre la multitud sobre los patines. “Fuck you, motherfucker” grito a nadie y a todos con la boca entrecerrada. Hasta que los copos de nieve arrecian y se forma una ventisca. Los monitores ordenan que desalojemos la pista. Entonces retorno en caída libre a la realidad.

El metro viene hasta el tope pero trato de mantener una actitud positiva. Me habré privado a lo sumo de media hora de mi cotidiana sesión de patinaje, tampoco es para tanto. El hacinamiento dentro del vagón me acalora, me produce una sensación de claustrofobia que podría derivar en un ataque de pánico. He sufrido varios en los últimos meses, pero a falta de dinero para un psiquiatra he aprendido a controlarlos con ejercicios mentales de respiración. Una respiración dosificada, bien distinta al brío pulmonar de los patines. Intento apartarme de un enorme *homeless* que ya ha rozado con su mano la mía un par de veces. Siento su aliento putrefacto en la nuca, pero no hay adónde

moverse. Me aferro al tubo de sujeción. Me asaltan las angustias de siempre: el reloj biológico, la incertidumbre económica luego de haber rechazado un atractivo puesto en una legación de Medio Oriente, para escándalo y casi hospitalización de mis papis. *¿Y de qué vas a vivir en los próximos años? ¿Entonces no te piensas casar con Shariyar? ¿Y los hijos, para cuándo? Recuerda que las madres viejas engendran mongólicos. Y Filomeno sigue deprimidísimo, le han diagnosticado pura tristeza, una irresponsabilidad de tu parte haberlo dejado abandonado acá.* Se abren las puertas y para poder salir, abrazada a mi plumífero y con la mochila a la espalda, tengo que empujar contra el gentío que incivilizadamente entra. Detrás de mí se balancea el *homeless*. Cambio de dirección y paso junto a él encaminándome hacia la otra salida. Juraría que me escupe alguna obscenidad, pero tengo puestos otra vez mis pequeños escudos auditivos. “Fuck you, motherfucker”, avanzo con determinación. Una corriente de aire se cuela desde las avenidas a través de las máquinas expendedoras y los torniquetes; silba al descender por el entramado de escaleras mecánicas. Al pie del engranaje, me pongo el abrigo y el gorro y me reacomodo la mochila. Peldaños arriba resiento el clima glacial. Aprieto el paso en la calle, con los brazos en cruz. Sigue nevando. El sudor se me congela en el espinazo como un garfio. Olvidé los guantes.

Bajo los semáforos en rojo practico un *jogging* estático. Me castañetean los dientes mientras recorro interminables manzanas. La gente se refugia bajo las marquesinas, junto a los escaparates de los negocios o en las paradas del transporte público. Cuando llego a mi edificio me cuesta horrores sacar las llaves de la mochila porque tengo los dedos ateridos. El portón tampoco cede con facilidad, la garita del conserje: cerrada a piedra y lodo. Subo al doceavo piso en el ascensor. Por suerte, mi *roommate* ha tenido que salir de viaje. Podré demorarme todo lo que quiera en la ducha,

arreglarme sin prisas antes de tomar de nuevo el metro y dirigirme al bar.

Termino de maquillarme y de dar los últimos retoques de pintura a mis uñas, cuando suena mi celular. Corro hasta la mesita donde también está el otro teléfono. Es mamá. Quería confirmar que estoy en casa, ahora mismo me marca al hijo. A ver con qué reproches me sale. Desde que le comuniqué mis nuevos planes —ser feliz patinando y vivir al día— no ha parado de atormentarme. Papá tampoco, pero por lo menos finge comprensión. Repica el aparato.

—¿Paola?

Paola Navarro Leyva. Desde niña me gusta mucho mi nombre.

—¿Qué pasa, mami?

—¿Ni siquiera me dices hola? ¿Tan malcriada te has vuelto desde que decidiste tirar al escusado tu título de doctora?

—Pero si ya te he saludado antes —otra vez la burra al trigo. Hago un esfuerzo por no alterarme—. Hola. Escucha, mamá, tengo prisa, estoy por salir.

—¿Y a dónde tienes que ir tan apurada?

—A trabajar.

—A servir mesas, dirás, que no es lo mismo.

—Si llamas para criticarme creo que mejor sería que...

—No, para nada. Sólo quiero que escuches a Filomeno un segundo. La verdad ya no sé cómo manejar el asunto.

—No, por favor. No lo pongas al teléfono.

Se escucha un crujido dócil, como si mamá hubiera asentado el teléfono sobre la cómoda para levantar algo. El sonido se intensifica y escucho alternativamente unos jadeos y una voz lejana pero imperativa.

—¿Paola? —la voz amplificadora de mi madre me hiere el tímpano.

—Sí, aquí sigo.

—Te lo paso... Haz algo, te lo ruego.

- No, mami, de verdad no tiene sentido...
- Jha, jha, jha, jha, jha... Mhrm, jha, jha, jha...*
- ¿Filo? ¿Cómo estás mi amor?
- Jha, jha, jha, jha, jha... Mhrm, mhrm...*
- ¿Me extrañas?
- Grrr, ¡guau, guau, guau, guau!...*

—Perdóname, mi amor. Es que he tenido muchos problemas económicos y no he podido tramitar los permisos para traerte ni comprar la jaula que te prometí. Exigen muchos, Filo. Muchos permisos. Ya sabes que se trata de otra cultura. Son muy maniáticos, paranoicos, diría yo. Con la higiene y el rollo de las epidemias...

—...*¡guau, guau, guau, guau!...*

—Filo..., por favor —si me pongo a llorar voy a estropear el maquillaje—. Perdóname. Se supone que yo iba a casarme con Shariyar. Luego íbamos a pasar por ti para irnos los tres a un país muy bonito que queda del otro lado del mundo. Pero las cosas no salieron como esperaba, Filo.

—*¡Guau, guau, guau, guau!*

—Y luego yo me arrepentí y...

Mamá se pone nuevamente al habla. Me echa en cara tener en ese estado de zozobra a la pobre criatura —al fondo se oyen los ladridos—; me conmina, ya que escogí mandar al caño todo lo que he hecho, a que tenga la mínima decencia de enfrentar mis responsabilidades. Filo, entre las prioritarias. No obstante lo que ella y su ex esposo (o sea mi padre) han invertido finalmente en basura, dice, me ofrece viajar hasta acá para ayudarme a empacar. Nada más. Le imploro, balbuceante, que cuide a Filomeno sólo un par de meses más. Veré la forma de solucionarlo. ¡Hum!, se limita a responderme, con esa saña tan particular de ella. Colgamos y me desgajo en berridos. Tendré que empezar todo otra vez. Aplicarme hielos en los párpados, desvestirme, bañarme... recomponer hasta donde sea posible esta cara de compota en frasco.

Empujo la pesada puerta neumática de Beers of Love. En ocasiones, me gustaría estrangular con lentitud a María Felipa Leyva Gómez, por desgracia mi progenitora. Resucitarla después y estrangularla todavía más lento con una cuerda de piano. Me meto en el pequeño vestidor junto al almacén, despojándome de gorro, guantes y plumífero, un regalo de Shariyar Bennasar. ¿Cómo le estaría yendo en el culo del planeta? Al principio me escribió unos *mails*, como había prometido, pero hace meses que no sé nada de él. Me dejo el *top* bajo la ropa que me acabo de quitar y me calzo la minifalda de licra color salmón que Bob Catson me “sugirió” usar cuando me contrató. Bob me la descontó de mi primer pago. Cuando me siento en una pequeña banca para ponerme los patines de rueda entra Shanice y nos ponemos a despellejar a Temptress. Hace dos noches quiso quedarse con las propinas.

Shanice aprovecha para acomodarse las enormes tetas morenas en el nailon blanco. Luego se ajusta los cordones de los patines, también blancos y con las rueditas azules, no en hilera sino dos adelante y dos atrás. Salimos del vestidor patinando y nos dirigimos a la barra. Encendemos nuestros apuntadores electrónicos. Temptress se ha hecho una permanente tan zanahoria y ondulada que acentúa más, si cabe, la hermosa vulgaridad de sus curvaturas. La clientela comienza a concurrir en el establecimiento. Temptress pasa junto a mí en patines y me guiña un ojo. Me acompleja la exuberante belleza de mis compañeras, morenazas esculturales diseñadas genéticamente para que los machos de la manada se maten por ellas. Ninguna de las dos, además, ha llegado a los treinta. En comparación, mi piel luce como deslavada, y mi cuerpo, carente de esas maravillosas redondeces. Pero tengo las piernas delgadas y bonitas, nadie lo negaría. Temptress me planta un besazo en la mejilla, muestra de cariño que me sienta fantásticamente, aunque Shanice nos escrute con desconfianza des-

de la otra punta del mostrador. Detrás de éste, Bob ordena los licores en las repisas junto al espejo biselado. Da vuelta a unos vasos de whisky que acaba de enjuagar y enseguida los seca con un trapo. *I just need a red now*, su típico chiste en alusión a una hipotética cuarta empleada que fuese tan guapa como nosotras tres, pero pelirroja. Bob levanta la tabla movediza y se retira unos minutos para pedirle a Mikey, su asistente, que suba el volumen de la música.

Poco después patinamos entre mesas bulliciosas a través de la vocinglería altisonante de hombres y mujeres que beben y conversan de pie o en taburetes compitiendo con las canciones de los altavoces. Tomamos la orden y actualizamos el pedido en el moderno monitor de la caja. Danny, la acomodadora, que no anda en patines ni es pelirroja, sino una chica menudita de ojos marrones entristecidos y pelo negro y corto, guía hacia los reservados a las parejas que han llamado previamente por teléfono para asegurarse un buen sitio. Hay varias personas haciendo fila en la puerta. En *Beers of Love* retumba la consabida lista de *hits* de los noventa. A veces, si están todos borrachos —de vez en cuando yo también me tomo una cerveza por cuenta de la casa—, Bob, casi un cuarentón, se atreve a un nostálgico retroceso al heavy metal de su juventud y Mikey pincha a Black Sabbath. No suele ocurrir, pero si por alguna misteriosa razón Bob está en vena, a solicitud expresa de *Temptress*, con quien comparte más que el cotejo de las cuentas, desliza como si tal cosa “*I’m a Rainbow*” de Donna Summer. En esas circunstancias, a la hora del cierre, entre silbidos y abucheos, Shanice se acerca y no para de burlarse buscando mi complicidad. Yo, siendo sincera, me decanto por estéticas más radicales. Como *Public Enemy* o *I’ll Fuck U*, la asociación —como se dice en la jerga— que escuchaba a todo volumen por la tarde en la pista de patinaje.

Una mesa de retrasados *hillbillies* me está poniendo bastante nerviosa, con sus ridículas chamarras de fútbol

americano. Si por mí fuera los rociaría con napalm antes de atenderlos. Ya van dos veces que me devuelven las bebidas alegando que han pedido *ale* y no *lager*, *stout* y no *dark*. Uno de ellos quiso averiguar mi hora de salida, podría esperarme e invitarme a su búnker (los otros se cagaron de risa), *beauty*. Me enseñaría a cortar la espuma de la cerveza como corresponde, dijo, el muy chistosito. Me apoyo en el mostrador, necesito descansar medio minuto. Siento agujetas en las piernas, tengo entumidos los brazos a causa del ejercicio. Me ronda una jaqueca, diría que los oídos me zumban si hubieran dejado de hacerlo siquiera un instante desde que entré a trabajar aquí. Mientras me enjugo el sudor con el dorso de la mano, Bob, que había ido al baño o a arreglar algo con Mikey, levanta el puente de acceso, recupera su señorío en la barra y me pregunta si estoy bien. Limpia con una bayeta la rejilla bajo los grifos. Sí, respondo, sólo me estoy tomando un respiro. *Cool!*, exclama, y sale otra vez del mostrador. Vuelvo el rostro hacia las ventanas que dan a la calle. Uno de esos pesados me hace señas.

Le doy la espalda y cruzo un patín sobre otro, acodada en el tablero. Debo cambiar el chip, mantener una actitud positiva. Levanto la cara y me veo reflejada en el espejo, un tanto nimbada y rojiza por los tubos de neón que penden del techo. Y brillante de sudor, como si me hubieran echado polvos de diamantina. Un primer plano delataría mis ojeras lívidas, fruto de los horarios de Drácula que padezco a cambio de mi libertad. Cobro conciencia de que pronto acabará el siglo. ¿Con qué me quedaría si me dijeran que hoy es mi último día? ¿La música? ¿Las relaciones frustradas? ¿El descomunal esfuerzo por doctorarme en una universidad de la Ivy League y el posterior desencanto existencial? ¿Los conflictos con mamá? ¿El subrepticio y cruel desdén de papá, con quien hace casi un año no hablo por teléfono? ¿La añoranza atroz de Filo? ¿Mi kit de patinadora? ¿Cómo plantearse, aunque quedaran no uno sino

miles y miles de días por delante, tener un hijo —aparte de Filomeno— *considerando tu probada incapacidad de relacionarte en el plano sentimental con los hombres?* Con el propio Shariyar. Y, antes, con la bestia esa. Enrique Labrada. Si no me hubiera insultado de esa manera, probablemente ahora estaríamos juntos. ¿No me convendría volverme lesbiana?

Shanice posa la mano en mi hombro y me sobresalto, salgo de mis cavilaciones como si acabara de sonar una alarma. Ahora que lo pienso, la entreví cuando se acercaba a través del celaje reflejado de muchas cabezas, pero estoy tan abstraída que no miraba nada en concreto. Allá tus amigos los eunucos, dice Shanice, insisten en que vayas a atenderlos. Temptress intentó mediar, pero necios con que nadie sirve las cervezas como tú. No lo vas a creer, uno de esos *dickhead* preguntó si esta noche tocarán los Chicken Hats.

Ya les explicó Shanice, tercia Temptress, que el dueño del local ha cancelado esa clase de eventos porque no le compensan. Si bien se guardó el comentario de que Bob, por otra parte, jamás invitaría a los palurdos de los Chicken Hats. Nos reímos las tres y le doy las gracias a Shanice. Retiro algunos tarros, tomo la bandeja y patino hacia la ensordecedora algarabía que arman esos idiotas. Decido no levantar nada de su mesa. Me concentro en el apuntador electrónico que apoyo en el disco de acero inoxidable sobre mi antebrazo. ¿Desean algo más?, pregunto. Y entonces ocurre, siento tan calientes las mejillas que estoy segura de que se me van a incendiar. Uno de ellos me ha sopesado las nalgas, como un melón sobre una báscula electrónica de verdulería. Voy y se lo digo a Bob. Saca un bate del mostrador, llama a Mikey, apagan la música y ambos se dirigen a la mesa ante la mirada expectante de la concurrencia. *I'm afraid I'm going to ask you to leave immediately.* Se ponen de pie, dejan unos billetes cerca del cenicero y se largan. Me empieza a temblar de manera incontrolable la barbilla. Vuelven a poner la música y los paneles retiemblan. Acude

a mi rescate Temptress con los accesorios indispensables para que pueda patinar hasta los lavabos. Me limpio las lágrimas, renuevo por segunda vez en la noche el maquillaje y me dispongo a concluir de cualquier modo la faena.

Después del bochornoso incidente, no me explico por qué sigo de madrugada en esta silla junto a la mesita del teléfono, reclinada en la pared que separa mi departamento de la casa vecina. Observo solapadamente mi estrambótico biquini rosa. Si no fuera por la calefacción, semejante coquetería inútil ya me habría provocado una neumonía. En el taxi que Bob insistió en pagar, casi volví a derrumbarme. Falta poco para que amanezca, aunque la luz amarillenta de la cocina ilumina con la misma intensidad. En mi muslo derecho, bajo mi mano, está el directorio telefónico. El arillo metálico me ha marcado la piel. Sobre la tapa dura aún no se descascara la pintura a dos tintes de mis uñas de suripanta, como me espetó mi padre una tarde funesta. En mi insomnio fui a hurgar en el armario, removí todo tipo de cajones hasta encontrar el papelito que me dio Enrique Labrada con su número hace unos meses, cuando coincidimos en la patria y volvimos a acostarnos. Lo transcribí hará media hora, en la L de Labrada, cosa a la que hasta ahora me había negado. Luego me deshice del papelito tirándolo a la basura. Me palpita el cachete, el de abajo. Vuelvo a experimentar una terrible vergüenza. Me sulfuro llena de odio. Debo serenarme.

Yo ya estaba con Shariyar, compañero del doctorado, cuando sucedió lo de Enrique. Es decir, cuando tuvo lugar por segunda vez lo de Enrique. Shariyar no pudo acompañarme a mi ciudad natal. No recuerdo el motivo, pero estábamos comprometidos. Comprometidísimos, de hecho. A punto

de casarnos y emprender el dichoso viaje a Medio Oriente. Sólo era cuestión de formalizar el asunto. Una condición innegociable, eso sí, era llevarnos a Filomeno, así fuera a los confines del mundo. Y después sólo tendríamos que dedicarnos a construir un futuro compartido. Shariyar, como buen árabe, en algunos aspectos era machista, pero no impediría que me desarrollara en términos profesionales. Colaboraría en casa lavando los platos. Yo podría viajar, tener una vida independiente, como siempre había soñado.

Pero me topé con Enrique. Por segunda vez. Él estaba de vacaciones, entre tantos pleitos con mi madre no recuerdo qué diablos había ido a hacer yo. Algún trámite, con seguridad. Coincidimos por azar en una famosa cafetería. Quedamos al otro día y le puse los cuernos a Shariyar sin contemplaciones. Recostados en las almohadas de un motel, Enrique me contó, con un cigarrillo encendido —yo me entretenía desenredándole la pelambreira de los pectorales—, que se había mudado a Namibia. Una ONG le había ofrecido empleo como observador internacional. Les interesaba un abogado penalista que hiciese un inventario objetivo de todas las violaciones a los derechos humanos que se perpetraran a diario en ese país. Me dio a entender que había formado una familia o que, como yo, estaba en proceso de formarla. Y que lo esperaban en África. Disfrutamos mucho esa sesión de sexo furtivo, éramos antiguos amantes y sabíamos complacernos. Después Enrique se fue y yo sentí que me tronchaba por dentro, como una madera astillada. No me casaría con Shariyar. No seguiría una carrera que, al fin y al cabo, si me atrevía a sincerarme —como hice—, satisfacía más las expectativas de mis padres que las mías propias. En adelante me dedicaría a patinar en hielo, actividad que nunca había practicado regularmente pero que me ha transmitido desde siempre esa sensación de libertad. Me las rebuscaría como pudiera. A costa de malos tragos, como el de hoy pasada la medianoche.

El pecho me pesa tanto que, poco a poco, esa opresión cede a la templanza de un llanto tranquilo. Me consuelo representándome como la pobre niña cuya muñeca ha sido decapitada por los grandulones de la pandilla del árbol. ¿Y si mejor llamo a Shariyar y le confieso que estoy arrepentida? Podría pedirle, pedirle no, rogarle si es necesario, exigirle en nombre del amor que nos unía, que tome el primer vuelo disponible y acuda en mi ayuda. Es mi derecho. ¿Lo es? Sería un abuso emocional (otro) mentirle de esa forma. Me limpio lágrimas y mocos con el hombro, más aliviada. Aparto la mano del teléfono, abro la libreta. Frunzo el ceño para comprobar las cifras en la difusa claridad eléctrica de la cocina. Reexamino el código de área que hay que marcar después del 00 de la clave lada internacional: 2... 6... 4... Descuelgo, escucho el tono en *la* de la señal telefónica. Namibia. Una geografía de difícil ubicación en un mapamundi o globo terráqueo, material o emotivo, incluso para una posgraduada en Relaciones Internacionales. Pulso 2, 6, 4 y cuelgo. Estornudo una, dos, tres, cinco veces. La corriente de aire se filtra a soplos discontinuos por la ranura inferior de la puerta y se mezcla con el calor circundante que produce el radiador. Mi vestimenta de pronto se me antoja del todo inconveniente, como si de algún modo me tuviera bien merecido lo que me pasó. Sin embargo, y me pregunto a cuenta de qué esta analogía, jamás me pondría uno de esos camisones blanquecinos, de espectro extraviado en la morgue, que usa mi madre Felipa. En la nalga me palpita una punzada, un ligero ardor de ausencia, como el miembro fantasma de un amputado. Me levanto a buscar al baño mi bata blanca de algodón. Enciendo el interruptor, aprovecho para hacer pis.

Cuando lo conocí me impresionó que Enrique tuviera experiencia en la selva de los tribunales y que además madrugara a diario para ir a correr y mantenerse en forma. Le encan-

taba ir a jugar fútbol los sábados. Nuestro primer encuentro, si no me equivoco, fue en un animado bar que estaba de moda en nuestro país. Se llamaba, creo, Monasterio, un decrepito convento rehabilitado para los placeres del mundo. Nos había convocado una amiga común, para celebrar su cumpleaños, ella y Enrique eran compañeros de la carrera. Llegaron otras amistades, desconocidas tanto para Enrique como para mí. En esa época yo cursaba las últimas materias de una licenciatura que, imaginaba, sería la plataforma de lanzamiento hacia un exitoso y meteórico porvenir. Eran tan exigentes en EL COLEGIO (así, con mayúsculas), que sus profesores se vanagloriaban de la leyenda negra sobre la que habían construido su temible prestigio. Cada nuevo año escolar implicaba una reducción del número de pupitres en las aulas. Dicha medida, en la práctica, se traducía en el ajusticiamiento administrativo de varios alumnos que se quedaban en el camino. Así fuese por una miserable décima que un maestro sádico se negaba a subir en la nota del examen. En ese macabro juego de sillas yo había sobrevivido hasta el final, lo que me garantizaba casi automáticamente una maestría de excelencia en el extranjero y, si hacía lo que se esperaba de mí, el doctorado. En adelante todo sería cosechar triunfos, como venir a parar a estas deprimentes latitudes, ya veía. Pero entonces, cuando Enrique y yo nos conocimos, estaba en esa etapa de tránsito. De esa y otras cuestiones hablé con Enrique en Monasterio (sí, no hay duda, ése era el bar) antes de que saliéramos y me pidiera mi número telefónico, es decir, el de casa de Felipa. Por esos años, ni siquiera tan remotos, vivía con mi madre y, además, casi nadie tenía celular. Recuerdo esos estorbosos teléfonos portátiles de los automóviles. Solían ser beige o rojos, la espiral de plástico se enredaba siempre con el freno de mano. Y eran considerados de alta tecnología.

A la luz de un solitario farol, aquella noche lluviosa, Enrique apuntaba mi número con un bolígrafo en la palma

de su mano. No terminábamos de despedirnos en la calle. Calculé dictarle una serie de dígitos falsos, pero descarté la triquiñuela, sin que me cautivara ese chico me había caído bien. Pasaron unos días y me llamó. Fuimos a una cervecería —jamás hubiera imaginado que terminaría trabajando en una— y, dos o tres salidas después, a cenar a un restaurante que Enrique describió como exclusivo y que a mí me pareció ostentoso. Tomamos una ronda de digestivos con los postres y nos besamos. Los meseros se desvivían en atenciones, interrumpían a cada rato, resultaba muy molesto. Pero evité hacer cualquier comentario.

La excesiva formalidad de Enrique me desconcertaba. Tenía la manía de andar de punta en blanco, usaba traje y corbata lo mismo para defender a un cliente que cuando organizaba un picnic dominguero. Cuando íbamos al estadio a ver un partido de fútbol o asistíamos por iniciativa mía a un recital de violonchelo, me abría todo el tiempo la puerta del automóvil, caballerosidad que acababa siendo irritante. Una vez choqué, con tan buena suerte de salir ilesa pese a la pérdida total del vehículo. A raíz de ese percance, Enrique decidió que yo nunca más volvería a conducir, lo que acarreó el inconveniente de que jamás me dejara subirme sola a un taxi, insistía en que era muy peligroso. No me dejaba ni a sol ni a sombra, ni al supermercado podía ir. Enrique aparecía quién sabe de dónde, se apeaba para abrirme la portezuela de su coche. Cuando íbamos a comer —él adoraba los restaurantes— y yo me disculpaba para ir a los aseos, se ponía marcialmente de pie, como si fuera a izar la bandera nacional, y hacía recular mi silla aunque estuviéramos apretujados en uno de esos bistrós tan cursis donde apenas caben las mesas. Procedía de idéntica manera cuando volvía del baño, a veces mejor me aguantaba las ganas con tal de ahorrarme la ceremonia.

El verdadero conflicto se presentó cuando Felipa (a quien Enrique nunca terminó de seducir) tuvo que hacer

un viaje de trabajo durante dos meses. Él estuvo machacándome desde los días anteriores con que quería mudarse conmigo ese tiempo. A espaldas de mi madre, por supuesto. Así podríamos experimentar para el futuro, conocernos mejor antes de convivir y eventualmente casarnos. Me cuidaría. No permitiría que tomase nunca jamás un taxi y, bueno, si él estaba ocupado y no había de otra, vería que algún chofer me llevara a donde fuera y a la hora que fuese. De acuerdo, si eso me parecía una exageración, entonces que algún amigo o amiga, de preferencia amiga (Enrique era súper celoso), me diera un aventón. Y si necesitaba quedarme hasta tarde en la biblioteca de El Colegio (¡qué forma de desperdiciar mi vida lejos de las pistas de patinaje!), él prepararía la cena. Enrique se mudó ese tiempo a casa. Y fuimos felices, salvo por un detalle.

Enrique y Filomeno se detestaron mutuamente desde la primera vez que aquél me acompañó a casa y lo hice pasar, pero su recíproca animadversión se agudizó de modo alarmante cuando Enrique traspuso el umbral con la maleta que depositó en mi habitación. Por un prurito de recato absurdo, como si en lugar de ausentarse hubiera fallecido, yo había decidido cerrar con llave el cuarto de mi madre. Lo orearía antes de su retorno, quizá para esas fechas, pensé con angustia, Filomeno ya habría dejado de ladrarle a Enrique.

Filomeno era un perro callejero recogido, de mediana alzada y pelaje blanco a ras de cuero, excepto por un mechón en la cabeza y el hocico, negros, y un parche de coloración todavía más renegrada en su ojo izquierdo. A mí esa mancha me parecía preciosa. Enrique opinaba que era siniestra. Según él, resaltaba la mirada torva de Filo, que yo nunca advertí, a no ser que estuviera en verdad molesto. Por lo visto, se quejaba Enrique, lo estaba siempre con él. Filomeno lucía en los bellos un lunar rosáceo distintivo desde perspectivas encontradas. A mí me parecía tierno y

delicado, a Enrique sencillamente repugnante. Tenía una placa en la pata trasera, del lado derecho. Esa prótesis sustituía el tarso y el metatarso, que Filomeno había perdido como consecuencia de un atropellamiento del cual mi madre y yo fuimos testigos.

Circulábamos en el auto. Nos dirigíamos al mercado a comprar verduras. La tirana de Felipa se había puesto morada de tanto tragar en los últimos meses y había decidido reducir el sobrepeso a base de un régimen de sopas al que me sometería a mí también a partir de esa misma tarde. Vimos que del otro lado del camellón, desde la calzada opuesta, un perro cruzaba la calle. Un perro como tantos otros que pululan por doquier. Antes de alcanzar el bordillo arbolado, pasó a velocidad demencial una camioneta que lo golpeó de costado y lo hizo volar en giros unos buenos metros cayendo increíblemente en el sentido por donde nosotras transitábamos. Comprobamos en el retrovisor, volviéndonos varias veces desde nuestros asientos, que el perro convulsionaba en plena avenida ante la indiferencia absoluta de los automovilistas, que no hacían sino desviarse para proseguir su camino. Bordeamos una glorieta y retornamos. Felipa se orilló y ambas nos apeamos. El animal aullaba y gañía espantosamente, como hace la hembra que no puede desacoplarse del macho que la ha montado antes de darse la vuelta y tratar de zafarse con desesperación. Sangraba por la nariz y una oreja, echaba espuma por la boca.

Lo subimos a la cajuela como pudimos y dejamos abierta la tapa para que respirara. Yo conocía a un veterinario, uno de los tempranos expulsados de El Colegio. Enfilamos a toda mecha hacia su clínica. Un motociclista de la policía nos detuvo a unas pocas cuadras, por lo del maletero abierto. Le explicamos la situación, se cercioró de que el perro estuviese atrás y, contra lo que cabría esperar, nos escoltó con la sirena. Lo operaron, tenía las costillas rotas, una pierna despedazada. El pronóstico era reservado, de hecho

bastante desfavorable, pero con los muchos cuidados que Felipa y yo le prodigamos, y los antibióticos, el collar isabelino, las terapias de rehabilitación, etcétera, logró restablecerse. Cuando pudo ladrar otra vez... en realidad, cuando ladró para nosotras por primera vez, convinimos en que tenía una voz muy melodiosa (apreciación no compartida por Enrique, a quien todos los ladridos le sonaban igual). Por eso lo bautizamos Filomeno, “amigo del canto”. Entre Filo y yo se creó un vínculo a prueba de balas. Un lazo de acero que Enrique se afanaba en boicotear en vano y que lo ponía tan celoso como Filo estaba de él.

Entre los tres, esa temporada de Enrique en casa, se estableció una dinámica patológica. Mentiría si dijese que Filo no estaba mega consentido, o que no era consciente de que paraba las orejas y gruñía sus amenazas —casi se erizaba como un gato— cuando Enrique se sentaba a la mesa del comedor o se levantaba para recoger los platos; cuando nos tirábamos en el sofá de la sala y él se inclinaba para introducir un DVD en el reproductor, o la cinta en la videocasetera beta si la peli no era tan comercial y aún no había sido copiada en el otro formato. Filomeno mantenía un ronroneo ronco, encogía el labio superior y pelaba los colmillos. Se agazapaba si Enrique se acercaba o alejaba de mí. Yo me hacía de la vista gorda. Dormía con nosotros y a la mañana siguiente Enrique se quejaba con amargura. No había podido pegar el ojo escuchando los acechantes, pesados jadeos de Filomeno. Le había gruñido al pasar junto a su cucha de mullidos cojines para ir a mear al baño.

En una ocasión, parece que Enrique le dio un puntapié en la placa, aunque nunca supe con exactitud que sucedió. Arrinconado a un lado de la cama, Filo me miraba al sesgo mientras escondía la cara y temblaba como un témpano expuesto a un soplete. Alzaba con aire culpable una mano delantera, gañía, se reacomodaba sobre sus ancas y levantaba la otra en un inusual piafar en cámara lenta que me

asustó. Enrique se arrimó al quicio de la puerta. Antes, alertada por el escándalo, mientras subía aprisa las escaleras, escuché que Enrique corría y se encerraba en el baño de la planta superior. Tenía las mejillas encendidas, un rictus de furia le distorsionaba las facciones. Me mostró el dorso de la mano, hinchado y sangrante, las marcas de la mordedura bien delimitadas. No tuve más remedio que tomar partido por Enrique, aunque no dejé de sospechar que hubiera mediado provocación de su parte. Castigué a Filo —cosa que me dolía en el alma— arrastrándolo del cogote escalones abajo a fin de confinarlo veinte minutos en el patio. A Enrique, de todos modos, la medida correctiva le supo a poco. En su opinión, lo que procedía era castrar a Filomeno y entregarlo a la perrera. Los ánimos se fueron calmando y ambas bestias reconsideraron su postura. Filo entró a la casa con la cola entre las patas y la cabeza gacha. Enrique, con una bolsa de hielos aplicada a su herida, se esmeró en restar importancia al asunto regañando a Filomeno con indulgencia, como si fuese un sobrino malcriado. Por suerte estaba vacunado contra la rabia. Inclusive lo acarició un rato, en tanto el perro ensayaba otra estudiada y teatral tembladera.

No era infrecuente, por insistencia de Enrique, a quien fascinaba la realización de ciertas fantasías eróticas, que tuviéramos sexo en el sofá con el televisor encendido, ante la mirada incorruptible de Filomeno, que no se perdía detalle a metro y medio de distancia. Debajo de Enrique, giraba unos centímetros mi rostro locamente besuqueado y, mientras él se despojaba de la camisa y se hundía en mi cuello, descubría a Filo echado ahí mismo sobre la alfombra, el hocico rosa sobre las patitas cruzadas. Enrique se hacía un lío tremendo con los pantalones enrollados en las piernas, con lujo de torpeza luchaba por bajarme los calzoncillos. Me embestía entre sus propios gemidos y yo pensaba en lo curioso que eran los ojos de los perros, en

sus pupilas dilatadas y su daltonismo, en la peculiaridad de que, a diferencia de los humanos, sus iris ocupen casi toda la cuenca ocular. Su modo tan expresivo de mirarte alzando una ceja y luego otra, como si no tuvieran pestañas ni párpados.

Otro día Enrique terminó y gritó, y Filo pegó un respingo y se puso a aullar unos buenos cinco minutos. Contuve una carcajada, envueltos como estábamos en los resplandores violáceos del televisor casi mudo. Enrique se apartó de mí, descolocado. La libido se le había ido al carajo. Le dije que no se preocupara mientras se acomodaba la ropa interior y yo trataba de apartar la vista de una película (un feroz perro salvaje le había deprendido una pierna a un fugitivo, que seguía reptando sobre un lodazal de sangre entre las hojas). Le propuse que lo hiciéramos más tarde en mi cuarto, prometía poner el seguro, aunque ambos sabíamos que atrincherarse en el dormitorio no resolvería el problema. Del otro lado de la pared escucharíamos el característico crujido metálico de la pierna averiada de Filomeno. Andaría al acecho, empezaría a rascar la puerta con frenética desolación.

Un atardecer de ese agobiante bimestre en compañía de Enrique, tuve que aceptar que la convivencia no funcionaba. Me habían agotado: la permanente neurosis de Enrique, las rencorosas susceptibilidades de Filo hacia alguien que al fin y al cabo nunca sería su dueño. Estaba por decirle que me había colmado la paciencia, por qué no se esfumaba unos días y me daba un respiro. Entonces resurgió la discusión acerca del viaje, programado para una fecha que casi coincidiría con la vuelta de Felipa. ¿No había forma de que yo lo pospusiera unas semanas? Es que, de sólo pensarlo, Enrique se ponía muy nervioso. Por eso estaba así de irritable. A esas alturas ya habíamos verbalizado —como se dice en el argot de las parejas predestinadas al fracaso— que yo emigraría para cursar en el extranjero ambas etapas del

posgrado. Era una de las ungidas de El Colegio, así de clarito lo tenía. Iría sí o sí, por nada del mundo desaprovecharía esa oportunidad. Ni siquiera —eso me lo reservaba— por Filomeno, que permanecería en casa un tiempito, hasta que me hubiera establecido y pudiera venir a recogerlo. Ante ese panorama, Enrique se mostraba melancólico pero, en general, receptivo. Trataría de usar sus palancas, mover sus influencias, buscar la coyuntura laboral adecuada a fin de, permisos migratorios de por medio, alcanzarme allá. Todo sonaba muy bonito y romántico, una historia moderna y urbana de princesas y caballeros. Del caballero Enrique y la princesita Paola, su servidora, candidata a maestra y a doctora. La conversación discurrió después por el cauce de un consenso pacífico. Nada hacía suponer el *show* que me montaría a continuación. Filomeno, para variar, tuvo mucho que ver.

Con semblante de nostalgia anticipada, Enrique me soltó, así nomás, que se había puesto muy cachondo. Quería apropiarse de pedazos de mi esencia, pronunció esa frase de memorable cursilería, para almacenarlos en su alma. Le brillaban los ojos, de verdad estaba recaliente. Me chocó la salida de tono, pero tampoco había motivo para enfadarse. Agradecí, por el contrario, la franqueza y, con la misma sinceridad, le hice saber que estaba en mis días críticos y me sentía bastante incómoda. Me guardé para mis adentros los pormenores: me mataba de desgano la mera perspectiva de verme obligada a buscar una toalla para no ensuciar las sábanas. Resignarme a un coito mecánico para satisfacción de Enrique. Explicarle a Filomeno, arriba en el cuarto, que desapareceríamos detrás de la puerta sólo un ratito, en serio, Filo, sólo un ratito, no tienes por qué angustiarte. Prevención estéril, por otro lado. Enrique, como casi siempre que Filomeno merodeaba por las inmediaciones, acabaría cogiendo todo desconcentrado, al compás de los arañazos del perro en la hoja de madera.

El fastidio de tener que bañarse de nuevo después, colocarse otro tampón. Decidí, en todo caso, mostrarme condescendiente. La solidaridad estaba a la baja pero seguía siendo fundamental en el plano de las relaciones humanas, bromeé, aunque no estaba segura de que Enrique lo hubiera entendido. Lo ayudaría —no del modo que él esperaba— a desfogarse.

Le propuse masturbarlo ahí mismo, en el consabido sofá, donde la plástica se había ido dilatando. Enfrente, entre nosotros y la plataforma rodante del televisor, había una mesa de centro. Sobre el cristal descansaban dos tasas vacías del café del desayuno, a Enrique le encantaba que yo lo preparara en la cafetera italiana. Su contrapropuesta, si no era mucha molestia (hasta en estos trances apelaba a la formalidad), era que lo hiciese pero con la boca. Ni esto, y todavía menos ponerme a cuatro patas —práctica y postura que lo hacían delirar de placer—, me entusiasmaban. Sin embargo, entre dos males había que escoger el menor. Total, qué importaba una mamada frente a la generosa disposición de Enrique a seguirme a otra galaxia si era necesario. Me arrodillé entre sus piernas musculosas, reclinándome apenas contra los cojines. Bajé el cierre del pantalón y afiancé su miembro duro y cálido. Lo extraje por encima de la trusa, besé la piel tibia y ligeramente acre del glande, luego todo el tronco y los testículos. En mi palma cerrada sentía la sangre bombear a lo largo del pene. Desde la planta de arriba, Filo descendió con su chirriante trote por las escaleras y se sentó junto a nosotros. Ladeaba la cabeza contemplando con sumo interés mi performance. ¿Por qué mejor no se lo chupas a él?, escuché escupir a Enrique, atónita. Solté (casi vomito) esa alimaña inmundada y me puse de pie, de un salto. Nunca me había sentido así de humillada. Se levantó rojo de cólera, como si fuera el agraviado. Se fajó la camisa y se abrochó el cinturón. Filomeno se entregaba a una paroxística catarsis de ladridos. Siguió un altercado horrible. Le exigí que se largara de mi

casa de inmediato. Me puse a llorar, él salió y quiso entrar de nuevo por sus cosas, le grité por la ventana que se fuera a la chingada.

Me estuvo llamando por teléfono de manera sistemática durante una semana completa, aunque no dejaba mensajes grabados en la contestadora. Un par de veces, muy temprano por la mañana, cuando sabía que aún no habría salido de casa. Otras dos o tres entre las cuatro y las cinco, tiempo de descanso antes de que acometiera mis actividades vespertinas. Y cuatro o cinco ocasiones más alrededor de las nueve y media de la noche. Podía imaginarme con facilidad el cuadro: Enrique muerto de celos junto al aparato telefónico de su departamento (un cuchitril desordenado, nunca íbamos allí) o de su oficina. O apoyando la cabeza en una cabina pública y metiendo obsesivamente las monedas en la ranura. ¿Dónde estaría yo? ¿Ya tan rápido estaba saliendo con otra persona? A Enrique le leía las inseguridades como un libro infantil con ilustraciones, pero nunca lo supuse capaz de tamaña canallada. Por fin atendí. Me imploró que lo perdonara, se había comportado como un patán. Rogaba que le diera otra oportunidad, hasta lloró como un muchachito perdido en un centro comercial. Me amaba. También quería mucho a Filomeno, el problema era que nunca había sabido cómo demostrarlo. Accedí a un reencuentro, incluso a pasar juntos el último fin de semana antes de que volviera Felipa.

Tratamos de fingir que nada había pasado. Enrique acariciaba bajo cualquier pretexto a Filomeno, que seguía pelándole los dientes y gruñendo. Lo llevó a su revisión con el veterinario y a una estética canina para su baño garrapaticida. Se me adelantaba para limpiar su platito especial —tenía inscrito su nombre en el canto, Filo— y llenarlo de croquetas supervitaminadas. Aunque no hiciera frío, me atosigaba con la misma pregunta: si no sería prudente ponerle su suéter a Filo (que también tenía tejido su nom-

bre, en la parte del lomo). O revisaba la placa en forma de hueso prendida del collar, temía que los datos para localizar a la dueña en caso de emergencia se hubieran tornado ilegibles. Inspeccionaba mil veces la chapa y el perro emitía unos ruidos cada vez más broncos e intimidatorios, hasta para mí. Pero pese a esas atenciones, al ingente esfuerzo por reconciliarnos, la moneda ya había caído al piso. Ninguna magia o milagro podía cambiar eso.

Mi madre finalizó sus asuntos antes de lo previsto y, una buena noche, telefoneó para pasarme los horarios de su vuelo. A la mañana siguiente, fui por ella al aeropuerto desoyendo las ilógicas peticiones de Enrique, que se obstinaba en acompañarme, un privilegio reservado por razones obvias a Filomeno. En pocos días, Felipa recuperó sus dominios, y aunque con seguridad detectó numerosos rastros de la existencia de un huésped durante su ausencia (el olfateo delator de Filo en ciertos rincones no falla), se abstuvo de hacer comentarios sobre el particular. A las pocas semanas empaqué mis cosas y, sin apenas interiorizarlo, ya estaba establecida en esta comarca forastera con mi maleta rebosante de ingenuas aspiraciones. Enrique no me siguió y yo no hice nada para que eso ocurriera. Con el paso de los meses, cuando ese hecho perdió su carga emocional y se transformó en un dato frío, objetivo y tan ajeno a mi control como los nacimientos o la muerte, llegué a la conclusión de que en realidad Enrique, desde un principio, resentía mi proyecto personal. Y lo corroboré sin proponérmelo no hace mucho, cuando nos encontramos allá y volvimos a encamarnos. No hubo reproches, tampoco caímos en la tentación del revisionismo fácil y lacrimógeno, pero esa certeza se me impuso como el aire a los pulmones. Una tristeza sutil pero incontestable permeaba las paredes de esa anónima habitación de pago. Yo actué con una desinhibición casi animal de la que me creía por completo imposibilitada, y noté en ello algo también muy triste pero

al mismo tiempo hermoso. Abrazada a Enrique con todas mis fuerzas, desnudos bajo una ajada colcha comunitaria, me resigné a la miserable soledad que esculpe nuestras metamorfosis más profundas. Comprendí una ley básica de la manada. Machos y hembras podrán aparearse y tolerarse durante ciclos predeterminados, pero a fin de cuentas tienen que valerse de sus propios medios para subsistir en el pantano y la llanura. Entendí también que Shariyar nunca pertenecería a mi jauría.

Anocheceía cuando salimos del motel. En la piel, ese perfume a champú y jabón baratos. Sonreíamos complacidos bajo una estrellada losa de pesadumbre. Enrique me llevaba a casa. Su madre le había prestado el automóvil, él vendió el suyo antes de trasladarse a África. Estacionó sin apagar el motor frente al garaje por donde ya hacía unos años había sido expulsado por ofenderme. Ese pesado portón de hierro que, cuando yo vivía ahí, había que abrir a llave y chirriaba, y que ahora —gracias a Felipa— funcionaba de manera automática con el mando a distancia que tenía en mi poder. Hurgué en mi bolsa y, antes de apearme, Enrique sacó de la guantera un papelito y apuntó su número de Namibia. No me dejaba un correo electrónico. En Namibia el internet era una mierda. Nos dimos un beso en la mejilla, como dos amigos tras una salida ocasional, y eso fue todo.

La luz de la cocina se ha diluido en una claridad plúmbea. Un haz de mugre gris se cuelga por la ventana cerrada al final del pasillo. Es probable que continúe nevando. Vuelvo a contemplarme en el espejo sentada con mi bata blanca. Shariyar. Filomeno. Enrique. 264. Prefijo clave lada internacional. Namibia. Te extraño, bestia. Descuelgo y cuelgo. Descuelgo nuevamente. 00... 2... 6... 4... Me arrepiento y cuelgo otra vez. Me decido, marco.

- ¿Sí, diga?
- Mamá.
- Ah, eres tú. Qué se te ofrece.
- Mami...
- Allá será temprano todavía, ¿no? ¿No se supone que deberías estar durmiendo?
- Tengo insomnio.
- No me sorprende, con la vida caótica que llevas últimamente. ¿Estás resfriada?, te suena raro la voz
- No llamo para discutir...
- No, si nadie discute.
- Escucha, mamá, ¿podrías pasarme un momento a Filomeno? Necesito oírlo.
- Claro, como lo tienes en el abandono.
- Te prometo que muy pronto iré por él.
- Ya. ¿Y de qué van a vivir? Con el trabajucho que tienes.
- Confía en mí, mamá. Es lo único que te pido.
- Espera, está aquí junto a mí...
- ...
- ¡Filo, mi amorcito! ¿Cómo estás?
- ...
- Muchos besitos, mi amor. Ya falta poco para que vaya por ti.
- ...
- ¿Listo?
- Sí, mami. Mil gracias.
- De nada. ¿Así que piensas venir?
- Apenas arregle unos asuntos.
- Lamentablemente, como te dije, si se trata de dinero...
- No, no te preocupes. Te mando un beso.
- Gracias, igualmente.
- ¿Mami?
- ¿Qué?
- Te quiero.
- ¿Hija?

—Dime.

—No, nada... Olvídalo.

Cuando termina de amanecer por fin puedo relajarme. Voy a mi cama y me echo sobre las sábanas revueltas. Duermo a pierna suelta hasta que el hiperbóreo sol decreciente se oculta y refulgen las primeras luces de los rascacielos. Me levanto despejada, de buen humor. La vida misma se ocupará de los orangutanes que me maltrataron. Despacho un almuerzo opíparo. Me demoro en la ducha sin importarme que más tarde tenga que ponerme otra vez bajo el chorro de agua. Lavo los platos, limpio la cocina y voy al baño a recuperar mi bata blanca. La tiro junto con el pijama de biquini rosa en el bote de desperdicios inorgánicos bajo el fregadero. Me asomo a la ventana, la cellisca cede. Remuevo ropa en el armario en busca de abrigo, localizo mis adorados audífonos. Preparo con calma mi mochila.

Estoy lista para patinar esta tarde.

UN ANCIANO EN LA AZOTEA

Doc Berlin ha cumplido ya los ochenta y cuatro años, una edad terrible porque no te puedes ir aún ni empezar nada. Cuando su hija Sandra le llevó temprano a sus nietos, que seguían de vacaciones, presintió que algo ocurriría. Como ya casi no duerme, Doc Berlin enciende el televisor cerca de las cuatro de la madrugada. Ese viernes los noticieros han estado insistiendo en la urgencia de que los meridianos extremen precauciones. Las probabilidades de que el fin de semana se presente un insólito fenómeno meteorológico en la capital de Yucatán son muy altas. No se trata, han informado, de un temporal en pleno invierno ni de una onda tropical o vaguada que se vaya a deshacer en lluvias. De hecho, ahora mismo la heladez lo tiene aterido, tiritando en el sofá del cuartito de tele, enterrado bajo gruesas capas de cobertores pese a los dos suéteres que se ha echado encima y el abrigo de lana. Pero Doc Berlin no está dispuesto a hacerse eco de esas predicciones alarmistas. Los medios no paran de fabricar chismes y tergiversar la realidad, si lo sabrá él. Y peor todavía en la era del internet y las redes sociales, absoluta impunidad. Por lo que a él respecta, no piensa modificar un ápice su rutina. En sus tiempos el periodismo exigía oficio y compromiso, quien declaraba algo en público tenía que sostenerlo. Él había trabajado por décadas para el diario, era uno de sus articulistas estrella. Había develado la identidad del asesino de un famoso sindicalista que fue torturado como un cerdo en el matadero.

Después lo amenazaron de muerte, igual que a Amanda, que en paz descansa. Y, bueno, el gobierno federal nombró más tarde comisiones de investigación *ad hoc* para enmarañar el suceso a tal punto que ya nadie —ni siquiera él mismo— reconocía cuál era la verdad. Por eso se jubiló hará la friolera de veinte años. Por eso y por lo de Amanda. Ya no tenía caso seguir luchando.

Lo sucedido esa mañana no tenía nombre. Lo recuerda y la bilis se le enquistó en el hígado. La humanidad está podrida sin remedio, por suerte a él no le falta mucho para marcharse. Tipos como su yerno el Verraco, o la pobrecita boba de su hija. La quiere de corazón, pero es una ingenua. Y al par de truhanes de sus nietos deberían encerrarlos sin derecho a fianza en el reformatorio. Qué incidente deplorable, Doc Berlin sacude la cabeza. Gruñe, se revuelve incómodo bajo el túmulo de mantas.

La televisión se apagó hace unos instantes como un relámpago y todo quedó envuelto en tinieblas. El sol tibio de esa jornada gris y triste se habrá ocultado poco después de las cuatro de la tarde. Si la memoria no le falla, incluso lo constató con su reloj. Percibe a sus espaldas, a través de la cortina entreabierta de la ventana, la neblina densa que nimba las casas del barrio. Escucha las bravatas del callejero enano y recogido, color estiércol, que se enseñoorea de la azotea de al lado.

Decide levantarse de su madriguera y, al hacerlo, un enredado torrente de cojines y colchas con olor a pipí se desparrama por el piso y casi lo hace tropezar. Se ayuda con su bastón para ir hasta el interruptor de la luz. Lo acciona sin éxito y a continuación recorre, con gran esfuerzo, el breve pasillo hacia la puerta principal. Sale a la penumbra del garaje, suspira. Entonces lo comprueba con sus propios ojos recientemente operados de cataratas. El termómetro exterior, fijado a una pared, marca 0°C. No soporta los ladridos del maldito pulgoso. Ya le ha advertido al vecino

que un día de estos le va a sacar las cuerdas vocales con sus propias manos.

Aquí Halcón Rubio QAP [a la escucha], tenía la 45 [patrulla] descompuesta pero acabo de salir del 68 [mecánico] y capté 3 [emergencia] en mi señal, aquí QAP, al parecer 37 Metro [hombre] 51 [muerto] o 52 [en estado de ebriedad]. Edad avanzada, reportado por 37 Foco [mujer] desconocida. Halcón Rubio a central y todas las unidades, ¿me copian?, repito, rumbo a 2 [destino] colonia Pinos, a la espera QSL [confirmar recepción de mensaje]. ¿QSK? [¿puede escucharme?], Halcón Rubio, ¿QSK? Afirmativo. ¡Putá madre, me cago de frío! Aquí central, QSD [transmisión defectuosa], Halcón Rubio, QSY [cambie de frecuencia] ¿Central? ¿Sí? Aquí Longaniza de Valladolid QAP, en camino a 2 también, me copia. ¿Longaniza de Valladolid? ¿Halcón Rubio? ¿Qué haces, pendejo?, QRT [deja de transmitir], yo me encargo. ¿Halcón, Longaniza, habla central, me copian? QRR [transmitan más rápido], me están saturando la transmisión con sus pinches QRM [interferencias]. Aquí Longaniza, es que ya terminé mi 7 [comida] de cochinita y estoy de nuevo en 36 [servicio] con mi 39 [escolta]. La probable escena del crimen nos queda acá nomás a tres cuadras. Aquí Puma QAP a central, recibí un QUD [llamada a teléfono móvil] de ambulancia, una 37 Foco [persona sexo femenino] QUF [solicita ayuda] en 2 calle 43 Pinos, repito, 2 calle 43 Pinos. Aquí Puma QSL para proceder, repito, QSL para proceder. ¿Puma? ¿Halcón Rubio? ¿Qué haces mi brodi, pudiste ir con la Chimoltrufia a Progreso ayer viernes o te quedaste chelean-do con los cuates? No mames, cabrón, me puse una 52 [peda] de película, es que con esta niebla quién se anima a ir a la playa. La Chimo no me habla, quesque se va a divorciar y dejarme en calzones. Te pasas de lanza, pinche Puma, pero si ni calzones usas, por eso te apesta el ancestral.

¿Longaniza de Valladolid? Ese mismo, tu mero güero petatero. ¿Qué ondas, mi Marrana? Con tanta pinche grasa te la debe pelar este puto frío culero, ¿no? Ya te lo dije, Longaniza, ¡QRT! [deja de transmitir, sal del aire!]. ¿Y si no qué, Halconcito? Si no, te voy a romper la madre. Órale, ¿tú y cuántos más?, si pegas como vieja. A ver, chicas del coro, aquí central QSN [escuchen], estamos trabajando, por si ya se les olvidó. ¡Somos una policía seria, chingada madre, no por nada tenemos el menor índice de delitos del país! Perdón, jefa. Sí jefecita, perdón, por favor no se lo vaya a decir al comandante. Yo también me disculpo, mamita, estábamos de puro cotorreo. Los tres QRO [aumentar potencia radio] y permanezcan QAP. ¿QTH [ubicación], Halcón? A máximo tres minutos de 2, cambio. QRX [espere un momento]. ¿Cómo dijo? A menos de tres minutos, repito. La suya, Puma. Diez minutos, como mucho, cambio. Bien, diríjase allá también en calidad de 666 [refuerzo] y recuerde llevar los faros encendidos, no se ve ni madres. ¿Longaniza, y usted? Mi pareja y yo ya estacionamos, patrona. Acaban de cerrar las puertas de la ambulancia, ahoritita se arrancan y no han puesto las luces, mal indicio. ¿Cuál es la situación entonces, Longaniza? Por favor, QSM [repita mensaje]. ¿Longaniza... confirma 51? [chsst, chsst]. Aguánteme tantito, reina, voy a interceptar a los paramédicos para corroborarlo, deje pongo la sirena primero, no se me vayan a ir [chsst, chsst]. De manera preliminar, le informo que hay una 37 Foquito sentada y llorando en la escharpa. ¿Puso la sirena, Longaniza? No, no es necesario, ya nos hicieron señas. ¿Qué chingaos son esos ladridos? Un perrito hocicón... No me creería, cielito, si le contara de lo que estamos siendo 75s [testigos]. Asínomé a la ventana, está cayendo otra vez...

Después de cerciorarse de que ha visto correctamente el termómetro, se queda mirando al perro de la terraza y le

mienta la madre. Azota la puerta al entrar y vuelve al cuarto de tele apoyándose en la contera. Hace experimentos con el interruptor: mueve la palanca empotrada en la pared arriba abajo, arriba abajo. Con la temblorosa mano enguantada agarra el teléfono que descansa sobre una mesita y llama al número de atención al cliente de la compañía de electricidad. Salta un mensaje grabado por el cual le comunican que están para servirle. Cuelga y se activa una vez más el mensaje.

Al sonar el timbre esa mañana, Doc Berlin estaba como ahora, en la salita de televisión, sólo que sentado. Entonces se puso de pie con dificultad, con el báculo bajó casi en reversa los dos escalones del garaje y dirigió sus pasos a la verja que da a la calle. Abril y Tomasito entraron como estampida, a gritos y sin saludarlo, y Sandra lo tomó del brazo en tanto desandaban el camino hacia la puerta. Él y su hija ya habían discutido por lo mismo en reiteradas ocasiones, pero no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Si quería que cuidara a esos rapaces sangre de su sangre, de acuerdo, pero no admitiría en casa a una legión de nanas inútiles. La culpa era de su yerno Rodolfo, no en balde le había enjaretado su apodo, se lo había ganado. Sandra hacía lo que estaba en sus manos para educar a sus hijos. El Verraco, en cambio, los tenía en total abandono. Era vox pópuli que Rodolfo se inventaba cenas de negocio para irse de putas y ponerse ciego de ron. Era amigo del diputado no sé cuál, había resultado favorecido con un contrato de obras y se las daba de empresario de bienes raíces. Les estaba entrando dinero a espuertas, lo que no beneficiaba precisamente a la familia ni a la educación de los niños. El Verraco, se rio bajito Doc Berlin, era justo eso, un cerdo.

Sandra lo remolcó hasta el primer escalón de la entrada y le dijo que agradecía su ayuda. Como le había adelantado telefónicamente, tenía que ir a atender unos asuntos de *catering* para grandes eventos. Estaba muy decepcionada, le

confesó. Otra vez se había quedado con las manos vacías en el prestigioso certamen de cuentos Greta von Grundnorm. Cada año Sandra lo intentaba y nunca lo conseguía. Había probado de todo: narcorrelatos, historias de lesbianas y maricas que se convertían en heterosexuales; de corrupción y política, de accidentes aéreos, tsunamis y terrorismo. Intrigas de espionaje internacional y de depravación en el Vaticano. Hasta microficciones de corte filosófico y una fábula —que le parecía especialmente buena— protagonizada por el Anticristo. Y nada, nunca acertaba en el clavo.

Así es la vida, la confortó Doc Berlin con su voz cascada por los años pero, a su modo, todavía firme y audible. Una cosa era lo que queríamos y otra lo que podíamos. Trató de abrazarla pero Sandra se dio la vuelta y cerró la verja detrás de ella. Su nieta Abril se acercó para pedirle rompopé. La muy ladina. Anda, anda, respondió y la empujó para dentro de la casa. Escuchó que Sandra arrancaba haciendo chirriar los neumáticos. Ella siempre tan sobrepasada, siempre al borde del colapso.

En esta casa, niños, hay reglas, y la primera era que apagarían la televisión y se sentarían a la mesa a aprender ajedrez. Tomasito soltó una pedorreta y Doc Berlin se refrenó para no darle una bofetada. Luego lo obligó a colocar las piezas sobre el tablero. Abril sonreía burlonamente, como diciendo qué aburridas tus chocheces, pero poco después abría la partida con las blancas. Su abuelo planeaba bajarle los humos con un humillante jaque al pastor. Sin embargo, se quedó transpuesto en la mecedora arrimada a la mesa. Al despertar notó que las ladillas habían desaparecido y que el televisor estaba prendido a un volumen escandaloso. Llegó al cuarto de tele tras una eternidad. Estaba seguro de que encontraría a Tomasito con el control remoto, aunque le extrañaba no escuchar el cambio de los canales. Habían puesto un programa infantil, pero sus nietos no estaban. Transcurrida otra era geológica logró subir por las

escaleras al primer piso. El frío le calaba los huesos y le preocupaba no recordar si los chicos estaban bien abrigados. Entró en su propia habitación y se quedó anonadado. En efecto, no se habían sacado sus chamarras, pero eso era lo de menos. Los había sorprendido infraganti esculcando como raterillos de poca monta su saco colgado en la percha. Su cartera estaba dada vuelta sobre la cama. Los tironeó de las orejas luego de arrebatárles el dinero y los castigó encerrándolos en la habitación que había sido de Amanda cuando decidieron dormir en camas separadas. Pobre Amanda, el disgusto que se hubiera llevado si viera la clase de bribones en que se habían convertido esas sanguijuelas. Llamó al móvil de Sandra y le ordenó que pasara a recogerlos de inmediato. Ahí no era la Cueva de Alí Babá y los Cuarenta Ladrones.

Doc Berlin se enfurece, estrella el teléfono y vuelve a marcar. La misma grabadora, el mismo mensaje. Con imponente desesperación, a oscuras, toma la espiral de plástico y la hace girar sobre su cabeza. El aparato choca contra la pared y se desploma con todo y mesita, lo mismo que el bastón. Le cuesta un mundo ponerse en cuclillas para levantarlos del piso. Y ese maldito perro.

Sandra retornó hacia mediodía a casa de su padre con un malestar emponzoñado en la boca del estómago. No era sólo otra más de las habituales leperadas de sus hijos, ni que hiciera ese frío atroz e inexplicable. Había algo extra, indefinible. Si al menos pudiera ser como Greta von Grundnorm. Una dama culta y elegante, siempre segura de sí misma y de sus breves tramas desarrolladas con la precisión de un relojero. Admiraba esa maestría para los desenlaces sorpresa. En cambio a ella, a Sandra, se le aguaban los finales, tan previsibles como su existencia de ama de casa. De nada servían los numerosos talleres de creación

literaria que había tomado con Carlos Briceño y Elena Poniatowska, cuando ésta se dignaba a aparecer y no sólo a alquilar su nombre. Incluso Rodolfo, que odiaba leer y era un asno, adivinaba al segundo párrafo cómo iba a terminar todo cuando, bajo protesta, le echaba un vistazo a un texto suyo. Pero Sandra, pese a su falta de talento, no estaba dispuesta a claudicar. Le encantaba la literatura. La poca que conocía. Reverenciaba a Greta von Grundnorm como a ninguna otra mujer. Una vez había estado a punto de tomar un curso con ella, pero al final surgió un imprevisto y la escritora no pudo llegar a Mérida. En otra oportunidad, al concluir una de las ceremonias anuales de la entrega del premio que lleva su nombre, se le había acercado para que le firmara un ejemplar y le diera algunos *tips*, pero apenas le estaba devolviendo el libro con su autógrafo cuando una muchedumbre se llevó a Von Grundnorm en volandas. Estaban por editar sus obras completas, de ninguna manera pensaba perderselas. Cada semana se daba una vuelta por Gandhi para preguntar si ya podía apartarlas.

Ni bien Tomasito y Abril asomaron el rostro, les volteó la cara de *swing* y revés. Quiso desfogarse asimismo con su padre, cada vez más intolerante, pero Doc Berlin le cerró la puerta en las narices en medio de los chillones ladridos del estúpido perro que se abismaba a la calle en el techo de enfrente. Regresó a su domicilio con sus crías, derrapando. Berreaban a contrapunto. Abril y Tomasito corrieron escaleras arriba a encerrarse en sus respectivas habitaciones. Sandra instruyó a Mary 1, Mary 2 y Mary 3, que se habían instalado cómodamente en el cuarto de lavado a la espera de las telenovelas, para que atendieran a esos engendros diabólicos fruto de su vientre. Debía apurarse, gracias a la majadera travesura de sus hijos iba súper atrasada y había quedado con las Millet en que verían juntas el catálogo para los preparativos de la gala precarnaval. Carla Millet había sido proclamada reina del Club Campestre en la Cena

de Debutantes de diciembre y querían ofrecer una bonita fiesta privada. Ya no le daría tiempo de comer, aunque las Millet seguro le ofrecerían algo de picar en su palacete. Lo decía sin envidia, su casa era grande, pero la de las Millet, una mansión. Después tendría que apresurarse para encontrarse en la cancha con Luis, el adonis instructor de tenis, aunque con este maldito frío. Mary 1 preguntó si los muchachos podían ver la tele más tarde, jugar al Xbox o al Nintendo. Pensó en responder que sólo si antes leían un cuento. Uno de Greta von Grundnorm. Pero sería ridículo. Ni Mary 1 ni Mary 2 ni Mary 3 sabían leer. Sandra, culposa, se escuchó contestar: “Con la condición de que se porten bien”. Luego fue a buscar su bolsa y las cosas del club. ¿Sería tan terrible madre? Si fuera íntima de Greta von Grundnorm le plantearía ese dilema existencial. Ella le daría una opinión juiciosa, con las Millet no se atrevía.

A bordo de su camioneta Escalade, con el acelerador a tope, una rabia tenue y sorda la atormentaba. Sandra no podía explicarse el resentimiento hacia su padre. Era un hombre mayor y podía hacer con el tiempo que le restaba lo que le pareciera. Cada vez lo veía más encorvado, más canoso en los manchones de la calva. Le habían crecido alarmantemente los pelos de la nariz y se le erizaban como espinas en las orejas. Estaba claro que él no tenía ninguna obligación de cuidar a Tomás y a Abril. El papá era Rodolfo, aunque la verdad Fofó ya podía echarle un poco más la mano. No dudaba de su agenda tan apretada, de la que él no paraba de quejarse, pero salía demasiado por las noches y volvía a cualquier hora haciendo mucho ruido. El cuarto entero y las almohadas se impregnaban de alcohol. Por la mañana estaba crudo, con un humor de perros. Pero Sandra no se atrevía a reclamarle, le iba a tapar la boca, como siempre. ¿Acaso él no le consentía todos sus lujos? ¿Sus cursitos de redacción? Y, además, pronto podrían cambiar los autos. La Hummer de Rodolfo estaba abollada y a ella le

hacía ojitos un nuevo modelo de la Mercedes. El malestar volvía a hormiguarle en las entrañas.

Recoge el bastón y el teléfono. Con enorme dificultad, consigue propulsarse con las piernas para levantar su propia osamenta. Doc Berlín se derrumba en el sofá, envuelto en la negrura de la estancia. Presa de un cansancio narcotizador, descabeza un sueño sobresaltado, entre las resonancias de los ladridos. Al despertar de las penumbrosas ensoñaciones, un viento helado se cuele por alguna ranura. No recuerda haber experimentado un frío similar en sus muchos inviernos en el trópico. El chiflón traspasa la lana de sus gruesos calcetines. Los guantes se le adhieren a las yemas como un manojo de alfileres. Se incorpora ayudándose con el bastón, arrastra las pantuflas hasta el interruptor de la luz. Una distancia de acaso dos metros que sus huesos sufren como el recorrido de un triatlón de montaña. Lo manipula inútilmente y duda si llamar de nuevo a la compañía de luz o mejor dirigirse a la puerta y tapar la rendija inferior con el tapete de bienvenida. Al final, se desloma sobre su asiento, ocioso, oyendo sus pesados resuellos, los ladridos infatigables del perro.

La bombilla del cielorraso parpadea y un resplandor mortecino ilumina las paredes. El televisor se enciende automáticamente. Por lo regular, después de un apagón las barritas localizadoras del satélite se configuran enseguida, y él supone que en breve la pantalla sintonizará la cadena de programas infantiles con que intentaron estafarlo sus nietecitos. Pero ahora sólo emite un centelleo de estática. Alarga su muñeca huesuda para agarrar el control remoto sobre la mesita. Pondrá el canal de noticias, aunque uno tenga que ser un baboso para creerse las sandeces que repite el pelmazo del presidente. Y si no él, el que balbucea a lo tarugo es su secretario de Gobernación. Demóstenes,

como lo apoda el pueblo, siempre jodido pero con un hon-
do sentido de la justicia poética. Presiona con insistencia
los botones. Medita si conviene telefonar al operador de
televisión satelital. Desecha el proyecto, no le contestará
una grabadora sino que lo derivarán de buenas tardes mi
nombre es Karina a buenas tardes mi nombre es Karina
hasta las navidades del próximo año, y para entonces con
probabilidad él ya no estará en este planeta. Tampoco tiene
caso acudir a Sandra, después de lo que pasó al mediodía. La
conoce, puede ser rencorosa y vengativa. Si logra localizarla
ella intentará solucionar el problema sólo para reprocharle,
papá, ya no puedes estar solo. Por eso tratas tan mal a Toma-
sito y Abril. La excusa perfecta para volver a la carga con la
cantilena del asilo de ancianos. Ella y el maldito Verraco
intentaron depositarlo en uno hace dos años, cuando se
subió a la azotea para verificar si las tapas de los tinacos
seguían en su sitio después de una fuerte tormenta. Al ba-
jar por la escalera, se había resbalado y roto la cadera, y su
hija —el roedor ese no para de ladrar desde su alero— tuvo
que internarlo en el hospital. Pero él no se amilana. Será
viejo, no inválido. Seguramente no se requiere gran cien-
cia, sólo es cosa de reorientar un poco la antena. Ha visto a
su vecino, el dueño del infernal gozque, hacer reparaciones
con la simple ayuda de un desarmador. Suelta el control
remoto y emprende por el pasillo una cansina caminata a
tres piernas. Sale al patio trasero y se interna en el cuartito
que hace las veces de almacén. No puede subir a la azotea
desde ahí, el toldo sobre la ventana se lo impide. Hurga en
la caja de herramientas. Se agencia una linterna y enfila
hacia el garaje por dentro de la casa, en lugar de rodearla
por un costado. Con una mano se inclina sobre el bastón,
la otra hace traquetear ruidosamente la escalera de alumi-
nio que choca contra los zócalos del corredor.

Al concluir su cita con las Millet, el cielo se ennegrece y se levantan unas ráfagas glaciales. De todos modos va al club, pero la clase de tenis se ha cancelado por mal tiempo. Entonces ella toma una decisión desconcertante. Le insinúa a Luis ir a entrenar a un hotel. Sí, tal cual, entrenar a un hotel. Un desenlace para esa tarde que habría podido concebir en uno de sus cuentos de aficionada, pero que jamás hubiera creído ser capaz de poner en práctica.

Entretanto, el Verraco está reunido con su musculoso amigo Said en una conocida cafetería-lounge de Prolongación Montejo. Acaban de cerrar un buen negocio. Said facturará quinientos aires acondicionados para equipar las nuevas oficinas de una dependencia del gobierno cuya construcción ha sido comisionada al Verraco, pero éste sólo recibirá doscientos cincuenta aparatos. El resto de la compra la dividirán a la mitad.

Hojean el periódico, una revista de sociales y otra de propiedades inmobiliarias. Said viste una camiseta de marca, verde e híper ceñida. Toma su tradicional café expreso doble. La delicadeza con que prensa el asa con el pulgar y el índice, el meñique enhiesto, contrasta con sus bíceps torneados y decorados de vistosos tatuajes maoríes. El Verraco, el cutis poroso e hinchado, hace tintinear los hielos de su whisky en las rocas. Lleva una camisa Ralph Laurent a cuadritos fucsia y azul ultramar, desabotonada casi hasta la altura de las tetillas. Los abrigos de ambos están amontonados en una butaca. Un grupo de chicas pasa al baño y el Verraco le guiña el ojo a una de ellas y le manda un beso, todas se ríen y se alborotan como si las hubiera picado una avispa. Said comenta, sin levantar la vista de la plana, que hay un anuncio sobre un homenaje que le harán a Jeremías Berlin. Ya, observa el Verraco, por los años que trabajó en el periódico. Pero, hasta donde sabe, su suegro no piensa asistir. ¿Por qué lo llaman Doc Berlin?, pregunta Said. Ni idea, responde el Verraco. A él mismo, al Verraco, lo tratan

de licenciado Saldaña, y eso que nunca se ha recibido. En el periódico también hay una nota sobre la entrega del premio Greta von Grundnorm. Ni la menciones, bufa el Verraco. Sandra está histérica porque este año tampoco pudo ganar. Y añade: te juro, Said, yo no entiendo esa mariconería de la literatura. Verraco apura el resto del whisky y, con el vaso, le hace señas a la barman detrás del mostrador para que le traiga otro. ¿Sabes qué me contó Paul? No. Que su vieja leyó de un tirón la vacilada esa de las sombras de Gray, o como se llame, y ni te imaginas la noche que le dio. Con decirte que se le peló el glande. Said se carcajea y apura el café. ¿Y qué hizo Paul, se puso Icy Hot? Yo, abunda Verraco, sin prestarle atención, le regalé el libro a Sandra en plan no soy tan de piedra como crees. No sabes la jeta que me puso, como si le estuviera ofreciendo mecos en un pañuelo. Las féminas salen del baño y el Verraco les lanza otro beso bien tronado, pero esta vez aprietan el paso hacia la mesa de la entrada donde las esperan otras amigas. Todas vuelven la cabeza y comienzan a cuchichear.

Le llevan su segundo whisky y se rasca la pelambreira ensortijada bajo el collar de oro. Podría apostar a que están hablando de él, impresionadas. Said retoma una de las revistas, pero se aburre al instante y lanza la publicación sobre el cristal en medio de un estruendoso bostezo. Verraco despacha de un trago el líquido ambarino. Se pone de pie y se abriga, deja un billete sobre la mesa. Abanicen los brazos y chocan las palmas. El *business*, entonces, está hecho. De verdad, Said: ¿no quieres venir con nosotros esta noche? Irá el Club de Tobi en pleno, explica, y hay una nueva encuestratriz que actúa en Le Privé. Oriunda de Chiapas o Polonia, no recuerda. Ok, como quisiera, si cambiaba de opinión que le mandara un *whatsapp*, faltaba rato para que abrieran el téibol, aunque hoy haya anochecido tan temprano. El Verraco se queja dilatando la despedida. Todavía tiene que pasar a la oficina. Un error en la contabilidad. Para variar,

la pendeja de su secretaria. Ni siquiera después de habérsela cogido le funciona el cerebro. Y lo dice objetivamente. A Said le consta que él no es misógino.

Dolorido de los brazos, hecho un cubito de hielo, Doc Berlin ha conseguido desplegar la escalera. Reclina los largueros contra el alto muro, coloca la punta del zapato en el primer travesaño. Ahora sube y sube y sube y le crujen las rodillas. El esqueleto se le va a salir por la piel, las vértebras se le desacomodan entre tronidos. El perro ladra. Doc Berlin apenas si distingue algo bajo la luz trémula de la luminaria de la calle. Antes de salir de casa se puso la bata de baño sobre el abrigo, a cada pisada la tira de tela que olvidó anudarse a la cintura se le enreda en el escalón. Al alcanzar la cornisa, se empuja sobre sus costillas. Reajusta los tornillos del disco parabólico y la miserable comadreja no le quita los ojos de encima, como si quisiera que se cayera. Mueve la antena entre las rachas de viento. Guarda el desarmador y la linterna en el bolsillo de la bata, se ha hecho un corte. Se quita el guante y se chupa el dedo por entre la dentadura postiza. La escalera se desploma con un golpe flojo de metales. Se asoma a la sima y retrocede. Se cala el gorro hasta las cejas, se frota los brazos. Expulsa vaho por la boca. Intuye las fauces diminutas reiteradamente abiertas en el otro techo. Demasiado tarde. Demasiado tarde para todo.

Se apean de la patrulla y al cerrar las puertas el crepitar eléctrico de la radio enmudece. Longaniza y su subalterno alzan la vista hacia el cielo brumoso y, boquiabiertos, extienden las palmas para sentir los copitos que arrecian ese sábado por la mañana. Nieva con intermitencia desde anoche. Luego llega Halcón Rubio, se estaciona y se acerca a ellos con el mismo gesto de asombro y las manos también

abiertas. El perro ratonero de los vecinos se despepita en su azotea. Luce ridículo con ese suetercito. Poco después aparece Puma con la sirena a toda mecha, en misión agente 666 [de refuerzo]; la apaga, pero el perro no deja de aullar. Puma se reúne con los otros a parlamentar bajo la nevisca detrás de la ambulancia.

Los paramédicos habían recibido la llamada de emergencia de una 37 Foco [mujer] y, conforme al protocolo, dieron parte a la policía. Al arribar aquí, la 37 Foco, que después supieron responde al nombre de Sandra, intentó recolocar la escalera tirada en el garaje, pero estaba tan alterada que fueron ellos quienes tuvieron que hacerlo. La acompañaba su hija, que no para de gimotear en la escarpa con la capucha entre las rodillas. Se llama Abril. La doña estaba muy angustiada, y como trasnochada. En un aparte Abril les confesó que su mamá no había ido a dormir, y comentó que su cabeza olía muy raro, como a champú de rebajas. El caso, refiere otro del equipo de ambulancia, es que el padre de la señora no atendía el teléfono ni el timbre. Al trepar a la azotea, no encontraron ningún 37 Metro [hombre], ni 51 [difunto] ni 52 [briago], aunque sí un mojón de excremento y rastros de sangre en la cornisa. Luego se impusieron de las condiciones de la persona reportada: un matusalén. Les permitieron echar un vistazo adentro. Cobijas desperdigadas por el piso, unos feos rayones en la pared. Pero en la casa no había nadie.

Por un segundo todos callan y se quedan mirando la nevasca mientras el pigmeo alborotador, recortado contra la grisura desleída de un fondo de antenas y postes de luz, ladra de un sitio a otro dentro de su armadura textil. El pareja de Longaniza vuelve a la patrulla a verificar un dato. En determinado momento, prosigue uno de los de chaleco fluorescente, pegando saltitos, arropado —igual que todos— de la peor forma para afrontar ese trastorno climático, la matrona perdió el control y le arrebató a Abril su

juego electrónico. Sin pensárselo dos veces, lo arrojo al terreno baldío de al lado. La tal Sandra, apostilla uno, también se puso a llorar, de puro coraje. Gritaba que la vida real era una inmundicia, un mal cuento de una Greta no sé qué. Después subió a su Escalade y salió disparada a rastrear por los alrededores.

Halcón Rubio, sotaco de gorra reglamentaria y bigotillos oxigenados, pregunta si tendrían inconveniente en que inspeccionen la ambulancia. Como gustes, responde otro de los paramédicos, pero insiste en que no servirá de nada, está vacía. Nada más resta decidir si los policías se llevarán a Abril a los calabozos, en calidad de retenida. Pero en eso se apersona un gordo con aliento a turbodiésel, acompañado de una lépera semidesnuda que rehúsa identificarse, si bien no oculta su alborozo cuando los auxiliares clínicos y los representantes del orden le dedican una chifla de lasciva admiración. Con voz pastosa, declara ser el papá de la jovencita, a quien le proporciona un pañuelo desechable. Luego extiende a Longaniza, con disimulo, un fajo de billetes arrugados.

La central decreta suspender el operativo. Urge realizar labores preventivas de tránsito, se ha reportado un increíble número de colisiones automovilísticas en la ciudad. Puma obedece sin demora. Longaniza cuenta los rectángulos de papel mojándose con la lengua la yema del dedo. Más tarde tendrán que repartírselos. Los de la ambulancia retornan a la cabina. Uno de ellos garabatea algo en la bitácora. Halcón Rubio despide una flema que aureolea la escarcha y sube a la patrulla de un portazo.

Tres días después, las dragas traídas de Miami despejan los caminos. El sol brilla en el cénit, la nieve se encharca bajo los tinacos. Los servicios periciales hallan el cadáver de Jeremías Berlín entre las malezas del terreno baldío, a unos cuantos metros del videojuego despedazado. Presenta una postura inverosímilmente contraída. El perrito de enfrente sigue desgañitándose, como si quisiera prevenirlos de algo.

ÍNDICE

DÍA FRANCO	7
SALIDA NÚMERO CATORCE	29
INFLUYENTE	45
TE EXTRAÑO, BESTIA	57
UN ANCIANO EN LA AZOTEA	85

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

María Teresa Uriarte
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

Leticia García
Subdirectora

Víctor Cabrera
Martha Santos Ugarte
Editores

Día franco, de Adrián Curiel Rivera, de la Serie Rayuela de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 28 de marzo de 2016 en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V., Calle 5 de Febrero 2309, Col. San Jerónimo Chicahualco, C.P. 52170, Metepec, Estado de México. Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 gs. La composición se realizó en tipo Veljovic Book de 11/13. Impresión en offset. La edición estuvo al cuidado de Martha Santos.

